



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA  
COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS

## APOLOGIA A LA MORAL. LA NOVELA REALISTA MEXICANA

U. N. A. M.  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
Jefatura de la División del Sistema Universidad Abierta

T E S I S  
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURA HISPANICAS  
P R E S E N T A

KARINA ANDREA GARCIA TOLOSA



ASESOR: DR. VICTOR DIAZ ARDIEGAS

MEXICO, D. F. + 2002





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres que con su cariño y ejemplo siempre me indicaron lo valioso y auténtico en la vida. Gracias por el esfuerzo, constancia y motivación, así como por una biblioteca amplia y plural, germen de muy gratas inquietudes.

A Pablo, soporte férreo de todas y cada una de mis aventuras, compañero en los esfuerzos, guía en la confusión, hacedor de ansiados sueños. Eternamente gracias.

Al doctor Víctor Díaz Arciniegas por su paciencia, interés y empeño.

**Moral no en el sentido de decencia, sino en el de conciencia de valores  
éticos.**

**Jorge Ibarquengoitia.**

## Índice

|   |            |
|---|------------|
| <b>Introducción.....</b>  | <b>2</b>   |
| <b>Capítulo 1. El realismo en Europa y en México.....</b>   | <b>14</b>  |
| El realismo europeo.....  | 15         |
| Características del realismo.....   | 22         |
| El realismo en México.....  | 25         |
| <b>Capítulo 2. Análisis del estilo realista en las obras.....</b>   | <b>32</b>  |
| Rafael Delgado.....   | 33         |
| José López Portillo y Rojas.....  | 39         |
| Emilio Rabasa.....  | 43         |
| Federico Gamboa.....  | 48         |
| Mariano Azuela.....   | 53         |
| <b>Capítulo 3. Lo que inquieta la conciencia.<br/>Comparación axiológica entre los autores abordados.....</b> | <b>65</b>  |
| Parámetros y coordenadas valorativas.....   | 66         |
| El amor, concepto y variaciones.....  | 66         |
| La mujer.....   | 73         |
| La paternidad.....  | 79         |
| La ambición.....  | 82         |
| Ámbito privado.....   | 83         |
| Ámbito público.....   | 87         |
| Corrupción de la justicia.....  | 90         |
| La educación.....   | 92         |
| La religión.....  | 95         |
| Valoración comparativa entre la vida en provincia y la<br>Ciudad de México.....                               | 101        |
| Ámbito privado.....   | 101        |
| Ámbito público.....   | 106        |
| <b>Conclusiones.....</b>  | <b>112</b> |
| <b>Bibliografía.....</b>  | <b>130</b> |

## INTRODUCCIÓN

La novela mexicana que surge a fines del siglo XIX y principios del XX, responde a la corriente del realismo que con fuerza y claridad había llegado de Europa. Este realismo mexicano, amalgama viva de varias corrientes, posee una cualidad especialmente distintiva: ser particularmente moralista. Existe una voluntad clara y definida en los autores mexicanos, por educar y apologizar sobre aspectos éticos. Cada escritor es movido por una fe en la perfectibilidad del ser humano que permite reconocer, independientemente de contextos personales, similitudes entre todos ellos.

El Realismo enuncia entre sus objetivos el de abarcar toda la vida, sin dejar aspectos importantes por falta de capacidad o por un sesgo intencional. Pero esta última meta es materialmente inalcanzable. La elección de ciertos temas de manera repetitiva, le imprime a la obra un sello personal e ideologizante.

Pero además, y por seguir los preceptos de la nueva corriente literaria, se busca descubrir y describir lo que mal funciona en algunas instituciones sociales, que hasta el momento habían sido olvidadas por la literatura. El texto se convierte en un acto de conciencia cívica, ejercida con la mayor objetividad y veracidad posible, lo que nos permite adquirir una visión bastante real, de la problemática moral del autor, del grupo social al que pertenecía y de un período histórico específico.

Los escritores abordados, nacidos en su mayoría después de 1850, adquieren su formación en las Normales de Maestros y en Escuelas Públicas de Jurisprudencia, de donde obtienen convicciones e ideales sobre

política, administración, economía, finanzas y sociología. Hacia 1885, momento en que ingresa el Realismo como corriente literaria a México, estos jóvenes, convertidos ya en adultos, eran lo suficientemente maduros como para comenzar a ejercer una crítica social cobijada bajo la teoría de la nueva corriente literaria.

Todos ellos pertenecían a la incipiente burguesía, a la cual retrataban y criticaban, por ser la clase social que debía encabezar y dirigir los modernos cambios sociales que México necesitaba. Muchos de ellos creían que las bases para el progreso institucional estaban dadas, por lo que sólo pretendían indicar los lastres individuales que se debían superar, para alcanzar las condiciones de crecimiento ideales.

La identificación de estas críticas puntuales y coincidentes, y su posterior análisis comparativo, es uno de los objetivos del presente trabajo. Observar los diferentes matices en el acercamiento valorativo de acuerdo a la conciencia de un burgués del campo o la ciudad, involucrado con el gobierno o resistente a éste, con una conciencia moral más cercana a la decencia o a la ética.

Esto nos da un espectro valorativo<sup>1</sup> que retrata axiológicamente un momento histórico movido por una jerarquización particular. La búsqueda de esta jerarquización, es el segundo objetivo de esta tesis. Descubrir, a partir de lo propuesto por los autores, del modo de aproximación y de un somero estudio descriptivo de las condiciones del período, cuál es la real escala axiológica propuesta por los autores en respuesta al contexto vivido.

Los escritores que pretendo abordar en el presente trabajo son: José López Portillo y Rojas, Rafael Delgado, Emilio Rabasa, Federico Gamboa y Mariano Azuela. Estos son considerados los principales representantes del realismo mexicano aunque no implica que sean los únicos<sup>8</sup>. Las obras que estudiaré son las creadas hasta 1910, momento en que la Revolución Mexicana transforma para siempre todos los órdenes sociales.

He oído decir muchas veces que los jóvenes de aquel tiempo amaban poco a su patria. Sí la amaban, y con todas las fuerzas de su corazón; pero no querían para ella agitaciones y turbulencias, ni avances peligrosos ni retrocesos inútiles. Deseaban paz y justicia para todos, para vencedores y vencidos; paz fecunda en bienes, a cuya sombra prosperaran los pueblos y se aumentara la riqueza pública; paz que hiciera renacer las artes y las letras, a los cuales reservaba la gloria días venturosos y felices; y justicia para todos y en todas partes, justicia sin la cual no puede existir la libertad.<sup>9</sup>

## ANTECEDENTES HISTÓRICOS

De 1876 a 1911 México fue gobernado férreamente por el General Porfirio Díaz. Este astuto militar mestizo, nace el 15 de Septiembre de 1830 en Oaxaca. Queda huérfano de padre muy joven, e inicia sus estudios en el Seminario Conciliar de la Santa Cruz. En 1850 abandona la carrera eclesiástica seducido por la doctrina liberal y se incorpora activamente a dicho partido. Ingresa en el Instituto de Artes y Ciencias donde estudia derecho natural y de gentes, romano, canónico y civil impartido este último por Benito Juárez, con quien establece vínculos amistosos.

En 1854 deja sus estudios para dedicarse de lleno a lo que es su pasión: la milicia. En los siguientes años pone a prueba numerosas veces su

capacidad como militar, pues interviene en treinta y siete diferentes campañas bélicas, entre las que sobresalen la guerra de Reforma, las contiendas entre Tehuantepec y Juchitán, la Batalla del 5 de Mayo, los combates contra las fuerzas imperialistas y la toma de Puebla. Ésta última le confiere, particularmente, un halo de magnificencia tal que el propio Benito Juárez le reconoce como artífice del triunfo de los liberales contra el Imperio.

A la par de los triunfos militares, Porfirio Díaz recaba experiencia política invaluable, que comienza en 1855 con la administración y gobierno de Ixtlán y continúa con la del Istmo de Tehuantepec en 1860. Luego se convierte en diputado. En estos cargos desarrolla una intuición muy particular que lo convierte en experto en los manejos oscuros de la política: organiza escaramuzas, ataques súbitos, emboscadas e intrigas. Adicionalmente, exterioriza una especie de instinto analítico que le posibilita manejar hombres, al adivinar sus pasiones y ambiciones, virtudes y defectos, fortalezas y debilidades, de las cuales obtendría un notable provecho en el transcurso de su vida.

En 1871 contiende para las elecciones presidenciales frente a Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, pero fracasa. Alega fraude e inicia la Rebelión de la Noria en la cual es derrotado. En 1876 proclama el Plan de Tuxtepec y se levanta en armas, lo que aunado a una revuelta que se suscita en el norte del país, provoca el derrocamiento de Lerdo de Tejada (Juárez había muerto en 1872) y cuyo punto final es la batalla de Tecocac,

en la cual destroza materialmente a las fuerzas gubernamentales leales al presidente.

Porfirio Díaz, asume así, la Presidencia en 1876 ante el reto de un México ávido de paz y progreso. El país había transcurrido sus últimos 55 años de vida independiente entre guerras civiles e internacionales, pero que, sin embargo, le habían permitido, de una u otra manera, establecer los cimientos para fundar la nación: un territorio con fronteras definitivas y seguras, un gobierno legítimo, una Constitución y un sentido de identidad.

Cuando en 1867 los liberales de la Reforma asumen el poder, los mexicanos esperaban que, junto a una evolución política, llegara un tangible desarrollo económico. Pese a creer e intentar implementar los preceptos del liberalismo (inmigración, capital extranjero, comunicaciones, comercio, industria y desarrollo agrícola), no pudieron establecer las condiciones mínimas para un avance real. Intimamente procuraban más la libertad política, la independencia, la separación de poderes, la libertad de prensa, de sufragio, de credo y de asociación, que concretar en algo el anhelado sueño de bienestar material. Pero el pueblo tenía otras aspiraciones, la gente ansiaba algo del avance tecnológico y económico que gozaban Europa y Estados Unidos. La máxima ya no es la libertad sino el orden, la paz y el progreso encumbrados en la marcial figura de un hombre, que aún en perjuicio de la democracia, logró hacerlos realidad.

Su primera fase de gobierno transcurre de 1876 a 1880. En ella no alcanza todo lo que se esperaba, aunque sí se convierte en el paladín de la

paz y el orden mediante la expedición de un buen número de códigos reguladores de la vida privada y pública, y la aplicación de la fuerza coactiva del Estado en contra de los enemigos del orden. Se persigue sin cuartel a los plagiarios y bandidos, a quienes se les aplica sin contemplación el rifle sanitario o la ley de fuga. Por esta razón, se profesionaliza al Ejército Federal sin límite alguno en cuanto a recursos se refiere y se mantiene en actividad constante a una numerosa tropa rural que azota y asola, no sólo a los perseguidos por la justicia, sino también a las masas campesinas en lo general, que son visualizadas como potencialmente enemigas del obligado y necesario progreso.

En 1880 es elevado a la Primera Magistratura Manuel González, compadre de Porfirio Díaz y reconocido históricamente como el primer "tapado" mexicano. Éste logra dar los iniciales pasos firmes en el desarrollo económico, gracias a la construcción de redes ferroviarias, el impulso a la colonización de vastos territorios deshabitados, la renegociación de la deuda inglesa, el establecimiento de líneas navieras, formación de compañías deslindadoras, introducción del telégrafo y fundación del Banco Nacional.

Pero Porfirio Díaz no está dispuesto a ceder ni gloria ni poder, tras lo cual retoma el gobierno en 1884 y dedica sus primeros esfuerzos en promover una despiadada campaña en contra de González, por la supuesta comisión del delito de peculado, con lo cual relativiza en gran medida frente a los ojos de la población, su más que eficiente administración

gubernamental. Neutralizado políticamente su más peligroso rival, Díaz sienta las bases de un poder autoritario sin obstáculos en el horizonte.

A partir de ese momento el México urbano cambia notoriamente, mientras que en el medio rural, donde se ubica el 80% de la población, sólo son perceptibles ligeros cambios en la atmósfera política y económica. Lo que realmente acontece es el establecimiento y consolidación de un gobierno centralista en el Valle de México, desde donde se controla y eligen gobernadores y diversos poderes locales, se manejan negocios y se regula inclusive el ocio. El poder, y el dinero, así como la sabiduría y la erudición, parecen concentrarse en la ciudad capital y en sus habitantes. A esta mancuerna sólo se oponen tímidamente, los nuevos hacendados con mentalidad capitalista y los rancheros, principalmente del Norte y Occidente del país, que trabajan la tierra con sus propias manos, pero de un modo más eficiente y lucrativo.

Políticamente el gobierno se convierte en una especie de monarquía republicana, que disfraza su accionar tras la máscara del orden y la paz. Económicamente, se crea un mercado nacional y una incipiente industria fabril para el consumo interno. Se desarrolla a elevados niveles la actividad minera, que extrae metales, esencialmente para su exportación, con el consiguiente flujo de capitales externos hacia el país. Las arcas hacendarias se ven rebosantes y las finanzas públicas acusan un importante superávit. Para el régimen porfirista, en eso consiste el progreso. Socialmente, se deja hacer a chico y a grande, "laisse faire, laisse passe", para que se llene los

bolsillos con entusiasmo, sin importar la moral. Se concede libertad para timar a cambio de un silencio cómplice. A esto se le llama paz social.

Porfirio Díaz supo comprar la lealtad de cada estamento social a través de una transacción de beneficios. A los criollos conservadores les da puestos de brillo, pero sin poder real; suaviza las leyes de Reforma para el clero; y a los liberales los convence con atenciones, subvenciones, privilegios y monopolios. Los mestizos se deslumbran con puestos secundarios en la burocracia y el ejército. Las comunidades indígenas son confundidas con la paz que proporcionan los magros jornales, pero de cultivos constantes, y la mal disimulada atención o el indigno paternalismo con que representantes gubernamentales escuchan sus quejas y agravios históricos.

Bajo estas premisas y con una prensa acosada por arrestos, clausuras (ley Mordaza) y excepcionales asesinatos, la opinión pública mexicana se adormece en los ensueños y vapores casi etílicos del bienestar material. Porfirio Díaz se convierte en el caudillo indispensable y la lambisconería en un ejercicio refinado. La élite social encumbra la riqueza como necesidad primaria y la nomenclatura liberal, tras pasar por los ideales de sabiduría y poder, incurre en lo mismo. La avaricia, la concupiscencia y el afán desmedido por el bienestar material, son los pecados más comunes. Todo se vale en la carrera por subir más alto, por trepar en la pirámide social.

Lo europeo, especialmente lo francés, nos inunda con su moda: la ópera, el "art nouveau", los modistos y la literatura naturalista. Es la "belle époque mexicaine". Las ciudades se transforman con el drenaje, energía eléctrica, escuelas y jardines. Se construyen lujosas oficinas burocráticas, acueductos, avenidas, fuentes, estatuas, teatros, palacetes y tiendas de lujo. Se tiende una extensa red ferroviaria que une las principales ciudades entre sí, con la capital de la República y con Estados Unidos de América.

Europa también nos invade con la filosofía de Comte y Spencer. Esta filosofía, que en su origen pugnaba por un mejor y real aprendizaje del manejo de la libertad, nace en México asociada a un grupo de hombres ávidos de prosperidad económica. Como lo indica Leopoldo Zea claramente:

El positivismo no era otra cosa que una doctrina que ahorra a un grupo de mediocres el pensar. El positivismo representaba la doctrina de la cual este grupo de mediocres se servía para guardar sus intereses. Más bien que tratarse de una doctrina filosófica, se trataba de una doctrina política puesta al servicio de una facción política<sup>v</sup>.

A este grupo de tecnócratas positivistas, se les denomina "los Científicos" y hacen su entrada en la escena política, tras la Convención Liberal de 1892. Díaz rápidamente los incorpora en su gobierno, antes de que puedan convertirse en una fuerza política. Son de clase media, profundamente ciudadanos e instruidos. Entre ellos hay abogados, tribunales, maestros, periodistas, ingenieros y un médico. Algunos se dedicaron a las letras, como Emilio Rabasa y José López Portillo y Rojas.

El caudillo los utiliza casi siempre individualmente (mecanismo de atomización de probables opositores) en comisiones técnicas donde los elegidos proyectan su pretendida sabiduría y evidencian sus profundas ambiciones. El precio no es otro que perder sus objetivos políticos por puestos secundarios o terciarios, por una curul con freno e indefectiblemente, en todos los casos, por la fortuna suficiente como para vivir holgadamente, pero sin independencia.

---

Notas

<sup>1</sup> Por valor utilizo el concepto propuesto por Risieri Frondizi, de una cualidad estructural con existencia y sentido en situaciones concretas, que surge de la reacción de un sujeto, ante las propiedades que se hallan en un objeto. Esta relación empírica se establece en condiciones físicas y humanas cambiantes y fluctuantes, por lo que no se puede hablar de valores supremos, fijos, absolutos, para la humanidad. Por ello las escalas axiológicas, tan necesarias para la convivencia, resolución de problemas y generación de aspiraciones e ideales, deben surgir de contextos concretos y puntuales. Los valores además, poseen la característica de la polaridad, ya que pueden presentarse desdoblados en un aspecto negativo y otro positivo. Como valor negativo no debe entenderse la ausencia del positivo, sino una existencia autónoma.

<sup>2</sup> La ausencia de la novela *La rumba* de Ángel del Campo se debe a que ésta sólo reincidía en la temática, ya suficientemente ejemplificada por los otros autores, acerca del peligro de entregar la honra femenina, a cambio de un supuesto ascenso social o económico.

<sup>3</sup> Delgado, Rafael. *Angellina*. Antonio Castro Leal ed. y pról. México: Porrúa, 1993. p.336.

<sup>4</sup> Zca, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968. p.31.

**CAPITULO 1**  
**"EL REALISMO EN EUROPA Y EN MÉXICO"**

## EL REALISMO EUROPEO

La estética realista surge como discurso a mediados del siglo XIX, aunque podemos encontrar su germen en algunos escritores del romanticismo que habían puesto sus ojos en la realidad circundante. Los propios realistas, y notablemente Zola, se sentían descendientes directos de Diderot, Stendhal y, especialmente, Balzac. Esto les servía a un doble propósito: les daba respetable abolengo y colocaba al romanticismo como una febril interrupción en la línea principal del desarrollo literario. El realismo surge en franco enfrentamiento con el movimiento que lo precedió.

El romanticismo reposaba en una visión metafísica idealista, en cambio la nueva doctrina está en consonancia con las teorías filosóficas y científicas positivistas que caracterizaron la mitad del siglo XIX. Los realistas no creen en Dios ni en ningún concepto espiritual superior. Su mundo es lo material, lo accesible a la percepción ordinaria de los sentidos, lo descrito y analizado por las leyes de la naturaleza. Se atienen especialmente a dos teorías contemporáneas y en boga: el determinismo biológico surgido del *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle* del doctor Prosper Lucas, y el determinismo sociológico iniciado por Comte y profundizado por Hipólito Taine.

Europa a mediados del siglo XIX es un mundo pleno de desarrollo. Con la industrialización y la urbanización cada vez más acentuadas, las clases bajas se convierten en el "proletariado". Su fuerza y peso impiden que se les siga representando

desde una perspectiva burlesca o compasiva, el artista les aborda desde un ángulo más responsable y veraz. Edmond y Jules Goncourt, teóricos del movimiento, plantean en su artículo *Sobre las verdaderas novelas* que en pleno siglo de sufragio universal, democracia y liberalismo, las llamadas clases bajas también tienen derecho a una novela que muestre sus miserias y haga emocionarse, llorar y sentir piedad tanto a los de abajo como a los de arriba.

Durante este período se producen grandes descubrimientos y se da una internacionalización acelerada de los conocimientos, tal que se genera un cambio en las condiciones de vida y en las relaciones culturales. El desarrollo de las comunicaciones y particularmente de una red ferroviaria, facilita la circulación de libros y principalmente de periódicos. El ferrocarril es el símbolo del progreso. Le permite al hombre concebirse a sí mismo como dueño de las fuerzas de la naturaleza, y depositar en él las utópicas esperanzas de alcanzar el desarrollo y la paz perpetuas.

En esta época se consolida también el llamado "cuarto poder". Hasta entonces las obras literarias estaban dirigidas a los eruditos y personas cultas pero ahora son para la burguesía por antonomasia. La difusión y el control del saber se convierten en un asunto político. Las cifras de ventas se elevan de tal forma que se hacen necesarias nuevas ediciones de diccionarios y revistas. La prensa llega hasta la clase inferior, pues a partir del ingreso de la publicidad, los costos de venta se abaratan y el tiraje aumenta.

La democratización del público se acompaña de una comercialización que

fortalece la opinión libre. Se crea el sistema de prensa rotativa que nace asociado a la publicación de novelas por entrega, género cultivado por Balzac, Flaubert y Zola. Con esto también se obtiene una creciente subordinación de la prensa de gran difusión respecto de las fuerzas económicas, e incluso los autores acaban por encontrarse en dependencia dialéctica con su público.

La burguesía, luego de años de esfuerzos y lucha, está en el poder o en vías de obtenerlo. Esta clase con peso económico y representación política, se hallaba ligada al proceso de industrialización fomentada por los Estados en el pasado. Surge así una generación de hombres cuya religión es el trabajo y que disfruta más ejerciéndolo que gozando sus recompensas. Estos pioneros del capitalismo provienen de diferentes estamentos sociales como el artesanado, la clase obrera, la burocracia y en menor medida la nobleza. El empuje obliga a los gobiernos a instaurar leyes y medidas administrativas tendientes a crear un nuevo derecho social y económico. De este modo la burguesía industrial interviene en la máquina legislativa, redefiniendo al Estado.

El positivismo de Comte y el darwinismo otorgan el marco filosófico por el cual la nueva clase dominante se justifica. Y es que una vez en el poder, y después de haber probado sus beneficios, se vuelve conservadora y se olvida de toda veleidad revolucionaria. El sistema de valores impuesto por ella no es el liberalismo político romántico de George Sand, sino el manchesteriano de una economía en plena expansión y con aspiraciones imperialistas. Las revoluciones europeas fracasadas de 1848 (y la española de 1868) marcan la ruptura entre la burguesía de negocios que

capitaliza y monopoliza los beneficios, y los intelectuales.

Este enfrentamiento entre la intelectualidad y el poder burgués ya se vislumbra en los escritores románticos, pero es con el Realismo que se convierte en justificación ideológica y ética. Mientras los románticos se escapan y refugian del desencanto en lo ideal, los realistas deciden enfrentarlo. Se saben surgidos de la misma clase a la que encaran, pero también se saben superiores intelectual y moralmente. Los mueve una fe, una creencia en el hecho como camino hacia la verdad, siendo ésta la más alta meta por lograr. Abandonan los sueños para denunciar los vicios que el falso progreso trajo, para descubrir la sociedad oculta bajo los oropeles de la modernidad.

Definir con exactitud cuándo comienza el movimiento realista es un poco arriesgado, pero queda claro que la década de 1850 constituye un buen punto. Probablemente, la primera vez que se utiliza el término "realismo" es en un artículo inglés del *Westminster Review* sobre Balzac en 1853, aunque la frase "escuela realista" había sido usada, pero no definida, dos años antes en *Fraser's Magazine*. En 1855 el pintor Courbet coloca el letrero "Du Réalisme" a la entrada de su exposición individual en Francia.

En 1856 Edmond Duranty comienza a publicar una revista de corta vida llamada *Réalisme* en donde proclama que "el realismo tiende a la reproducción exacta, completa, sincera del medio social, de la época en que se vive, porque esa orientación se justifica por la razón, las exigencias de la inteligencia y el interés del público y por carecer de mentiras". Al año siguiente Jules Husson alias Champfleury, entusiasta

amigo de Courbet, publica un volumen de discusiones críticas titulado *Le Réalisme*.

El término es lanzado aunque su definición es aún imprecisa. Duranty y Champfleury utilizan la teoría en las novelas *La malheur d'Henriette Gérard* (1860) del primero, y *L'usurier Blaizot* (1853) del segundo. Emplean documentación precisa, componen cuadros, medios y tipos hasta el momento despreciados por la literatura: campesinos, artesanos y obreros. Pero la estética definida por ambos es demasiado estrecha y dogmática, además de que las novelas carecen de otros valores literarios intrínsecos por lo que caen en el olvido rápidamente. De todos modos, lo esencial a la ética e ideología realista queda ya plasmado.

Durante esa década aparecen otras obras que enmarcan e influyen poderosamente en el movimiento: *Sebastopol* de Tolstoi y *Madame Bovary* de Flaubert, ambas en 1856. Estos escritores, cualesquiera sean sus fallas como realistas, abrieron un nuevo campo en la prosa de ficción sobre la base de la observación y la objetividad: "¡ Y además el arte debe elevarse por encima de sus (del autor) afectos personales y de las susceptibilidades nerviosas! Es tiempo de darle, por medio de un método despiadado, la precisión de las ciencias físicas."<sup>4</sup> Para los escritores subsecuentes, fueron un punto de partida en el modo de evaluar la nueva literatura. Es importante observar que a este período pertenecen las primeras obras de George Elliot, así como *Escenas de caza* de Turgenev. Otra dichosa coincidencia intelectual es la aparición del *Origen de las especies* (1859) de Darwin.

Francia es quien acoge con mayor fervor el movimiento, aunque en todos

aquellos países en donde se leen y siguen sus obras, las repercusiones no se hacen esperar. Flaubert es el adelantado de la corriente y congrega a su alrededor a una serie de compatriotas y extranjeros: los hermanos Goncourt, el joven Zola, Maupassant, Turgenev, George Moore y Henry James. Varias novelas francesas de los años 60 mantienen a estos escritores en el interés del público mundial: *Salammbó* y *L'Education sentimentale* de Flaubert, *Soeur Philomene* y *Germinie Lacerteux* de los Goncourt, *Therese Raquin* y *Madeleine Féral* de Zola.

Sin embargo, Flaubert no tiene el temperamento para ser líder de una escuela ni le interesan los membretes. Los Goncourt pretenden el relevo pero no poseen la estatura literaria suficiente para capitanear la travesía. Por esto Emile Zola, quien entre muchas virtudes posee la de la ruidosa autopropaganda, toma el timón durante casi 30 años. Sus veinte novelas de la serie *Rougon - Macquart* (1871-1893) aparecen oportunamente y abordan las peores costumbres de un régimen repudiado.

Zola funda alrededor de 1870 un movimiento con pretensión hegemónica dentro de la orientación realista, el Naturalismo. Intenta aplicar el método científico surgido de la *Introduction a la médecine experimental* de Claude Bernard, a la literatura. Bajo el título de *La novela experimental*, escribe una serie de artículos que adoctrinan mediante severos lineamientos. El propio Zola pretende aplicar cabalmente su teoría en las novelas que produce pero generalmente no lo logra.

Existe un conflicto de principio entre la parte teórica del movimiento y su expresión fáctica, que hace que se convierta en algo ambiguo muy cercano al Realismo

clásico. La imparcialidad del escritor equivalente a la del científico en una disección, resulta un precepto inalcanzable pues el espíritu del autor se refleja invariablemente en la obra. Independientemente de esto y de las controversias que se despiertan, sus libros se venden por cientos de millar. Su trascendencia fuera de Francia es enorme y concluyente.

Hacia fines del siglo en Francia ya se había superado el pináculo en la carrera del movimiento. En líneas generales, se considera el año de 1893 como una fecha terminal: Maupassant y Taine mueren ese año, se completa la serie de los *Rougon - Macquart*, y Brunetiere, archienemigo de Zola, lo derrota en un concurso por un sillón en la Academia Francesa. En 1902 Zola muere, pero pese a lo concluido de la etapa y aún tiempo después, el Realismo sigue siendo un referente obligado.

En otros países de Europa, si bien con menos fuerza o aspaviento, el Realismo se hace presente. La versión rusa es fuerte y permanente, pero nunca levanta tantas controversias pues hay muchas cuestiones morales y sociales demasiado tremendas para debatir en Rusia. Tolstoi, Turgenev, Dostoiévsky, Chejov y Gorki son extraordinarios exponentes de esta técnica.

En España, donde se presenta una fuerte tendencia hacia el costumbrismo, hacen acto de presencia sólida y definitiva Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas "Clarín", Palacio Valdés y el gran Benito Pérez Galdós. En Italia se manifiesta una rama nativa del Realismo denominada Verismo y desarrollada en los 80 por Luigi Cappa y Giovanni Vega. Los escritores ingleses, en cambio, explotan un Realismo sectario y estrecho,

muy vigilado por el clero. El resultado es pobre y ordinario.

### **Características del realismo**

El realismo concibe que la realidad por sí sola merece ser objeto de arte sin idealizaciones, pues ésta posee infinitas cualidades para ser descritas y analizadas. La cuestión radica, no en la presencia de algún reflejo de la realidad en la obra, sino en el grado de atención y en el papel que se le otorga. Para el escritor realista es de suma importancia la selección del tema por abordar. Todo es factible de estudio, pero especialmente lo cotidiano y ordinario, lo que se encuentra cercano a nuestras manos.

El primer paso, por consiguiente, es recabar información de la observación del entorno. Como en una ciencia exacta, se trabaja a partir de documentos escrupulosamente obtenidos, pues la obra debe ser tan verosímil como para hacemos creer que es la fiel representación del actuar de los seres vivos. Existe un rompimiento con la teoría clásica de los héroes y las heroínas. Ahora se eligen individuos cualesquiera de la vida diaria, para hacer de ellos objetos de representación seria y hasta trágica.

En un principio la clase media fue la elegida como objeto de estudio. La mayor parte de los escritores provenían de ella y conocían sus vicios. Pero luego de golpear su propio medio y reflejo, deciden descender en la escala social hacia donde nadie se había atrevido a hacerlo. Es como si persiguieran la presunción de que la vida vivida por más personas, es la más real. En su sincero afán por representarla, buscan al

hombre promedio para analizarlo en todas las fases de la conducta humana, aún las más desafortunadas y desagradables. La sexualidad es plenamente abordada, sin toques cosméticos de decoro y buenas maneras.

En este esfuerzo por pintar al hombre medio como referencia a un conjunto social, somos introducidos ante gente que no quisiéramos conocer de otro modo más que el literario, aunque no todo se reduce a situaciones escatológicas, seres desagradables y ambientes nauseabundos. El realismo también permite descubrir vastas áreas sociales y económicas que se hallan sumergidas. Hay una revisión de situaciones y procesos tales como la esclavitud del salario, la manipulación de las huelgas, el retraso en el campo, la corrupción en los suburbios, la indigencia en las minas, la prepotencia del ejército y la concupiscencia de la bolsa.

El abordaje de estos nuevos temas implica la creación de un nuevo método, en donde la piedra fundamental es la objetividad. Los hechos deben hablar por sí mismos, tal como lo hacen en la vida cotidiana, sin necesidad de exhortaciones por parte del autor. Desaparece así todo artificio poético y retórico del lenguaje, permitiendo la entrada al lenguaje popular. El escritor procura que el lector se olvide del medio literario, y se concentre en el espectáculo imitado. Creen en la existencia de una verdad inmanente a la realidad, que en su eficaz reflejo puede ser observada.

La pintura ejerce una influencia considerable. La técnica descriptiva es un arma poderosa para el escritor. Ellos son los paisajistas encargados de transmitir la sensación de un momento, sin caer en excesos. Reconocen la importancia que poseen

los colores, la luz, los volúmenes y la textura en la composición de una escena. Generalmente sus descripciones se van armando mediante oraciones nominales sin ninguna acción.

Los personajes son introducidos sin apuntes biográficos y sabemos de ellos mientras están frente a nosotros, por cómo se visten, hablan y viven. Posteriormente sus actos nos permiten conocerlos y entender su destino. Las coincidencias y casualidades no existen, sino una serie de fuerzas naturales ante las cuales el hombre tiene poco o ningún control. Estamos atrapados en una red de la cual no hay escape. Las vidas son destruidas por la corrupción interna y están sujetas al inevitable destino del decaimiento y la muerte. Las novelas se convierten en un ejercicio del determinismo biológico y sociológico.

La obra realista se construye a partir de la representación verídica del medio y de las pasiones que se desenvuelven en torno a uno o más personajes centrales. Estos generalmente son el lazo unificador y dan título al texto. Las acciones y palabras se muestran en detrimento de los pensamientos y sentimientos. Encontramos en las novelas una exorbitante acumulación de datos físicos que perfilan a los personajes, pero que suelen resultar abrumadores. La materia novelable es la realidad rural o urbana inmediata, por lo cual el tiempo y el espacio literario coinciden con el del autor. La ficción se convierte en una ficción mimética con el entorno.

El género realista por excelencia es la novela, pues sólo en ella se puede cobijar con exactitud y minuciosidad lo que se busca representar. Zola en su artículo "El

*Naturalismo en el teatro*” indica que la herramienta moderna está en la novela, y que ésta se convertirá en la representación más fiel sobre filosofía, historia y crítica humana. Si bien el propio autor aboga por un crecimiento en la lírica tal que le permita al teatro desprenderse de convencionalismos, la historia muestra que no pudo hacerlo probablemente por la dificultad que implica traducir a un lenguaje que debe hacer explícito todo, pero sin caer en sentimentalismos.

Los realistas creen en el hecho como camino hacia la verdad, y ésta como la última meta para la literatura. El ideal básico del movimiento es la rigurosa objetividad e imparcialidad. El autor debe autodesaparecer de la obra, anulando su presencia en posturas ideológicas y moralizantes. Ningún Dios o fuerza espiritual superior indica o marca los sucesos, tan sólo la sutil esperanza de mostrar aquello que la burguesía pretende olvidar.

### **Realismo en México**

El realismo hispanoamericano, y particularmente el mexicano, posee una serie de características particulares que permite diferenciarlo del europeo. El romanticismo ejerció una larga hegemonía en América Latina, que se extiende aún más allá de mediados del siglo XIX. Las costumbres del sentimentalismo, la seducción por el pasado y su reconstrucción histórica, y la omnipresente idealización de personajes, paisajes y atmósfera, siguen ejerciendo un fuerte hechizo en los autores considerados

realistas.

Por otra parte y paralelamente, surge en toda Hispanoamérica, pero con particular sede en México, el modernismo. Este movimiento que busca el más elevado refinamiento estético, influye notablemente en todos los escritores, inclusive los realistas. Estos comienzan a poner especial atención en la estructura, en el equilibrio de los elementos, en el lenguaje y en el mantenimiento de un estilo a lo largo de la obra, que los aparta un tanto de la específica doctrina realista. A estas condiciones debe sumársele la veta costumbrista o regionalista de principios de siglo, que se asimila a la nueva tendencia.

Hacia los 80 todas estas fórmulas están operando simultáneamente con cierto grado de autonomía, pero convergen y conviven a veces en un mismo autor u obra. Puede decirse que el realismo hispanoamericano triunfa finalmente, cuando logra extinguir la idealización romántica en el retrato del contorno social e histórico. Cuando la experiencia concreta de la vida social, obtiene la exclusiva atención de los autores y lectores.

El realismo entra en México en una época en que los escritores buscan una expresión más nacional, y una descripción del ambiente social que permita encaminar los esfuerzos hacia la creación de una nueva nación. En la década del 60 había ingresado con fuerza el positivismo, corriente filosófica que proponía el ideal optimista de un progreso, ilimitado, racional, sujeto a las leyes universales. Se trata de someter la actividad humana dentro de la sociedad, a un orden de prosperidad verificable y

cuantificable.

Esta teoría inunda con fuerza numerosos aspectos de la conciencia nacional tales como la educación (la Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Gabino Barreda, es un ejemplo en la observancia de esta ideología) y la separación de la omnipresente Iglesia de las acciones de gobierno. La incipiente burguesía mexicana es la clase social encargada de fungir como agente modernizador y transformador del país, y hace a esta doctrina filosófica su instrumento de justificación.

Los escritores mexicanos persiguen el orden y el progreso. Anhelan la paz que el régimen de Porfirio Díaz les otorga encauzando sus objetivos hacia su conservación. Sin estabilidad, ni el país, ni las letras prosperan. Es así que deciden abordar la crítica realista desde una perspectiva individual y no institucional. Los que deben cambiar son los hombres y sus valores morales. Saben que ciertamente la novela realista despierta una gran conciencia social a través de la descripción de situaciones injustas o corruptas, pero rara vez cuestionan a una institución como totalidad. Pueden criticar la postura de algunos individuos del campo (*La parcela*), de la ciudad (*Los parientes ricos*, *Santa*), del periodismo (*La calandria*, *El cuarto poder*) o del gobierno (*La bola*), pero sin generalizar.

Hay que recordar la doble censura que se ejerce sobre estos escritores: por un lado la gubernamental ad-hoc a un régimen autoritario; por otro lado la personal, pues todos ellos pretenden mantener un status-quo que les permita observar y escribir. Viven en una contradicción entre su obligación moral como sociólogo que reconoce e

identifica los problemas, y compatriota que ha sufrido los embates de una tranquilidad social a duras penas conseguida. Básicamente deciden denunciar los vicios de la sociedad tradicionalista y preburguesa que yace tras la fachada de la modernidad.

El realismo mexicano se haya emparentado con el francés y el español. Las novelas y teoría francesas son acogidas con gran expectación y entusiasmo por la mayoría de los artistas. Flaubert, los hermanos Goncourt y Emile Zola, son lecturas indispensables que dejan un claro reflejo en la nueva narrativa mexicana.

En 1883 el escritor Moreno Cora, en un discurso en la Sociedad Sánchez Oropeza de Orizaba, plantea lo que sería el tipo de realismo a desarrollar en México. En primera instancia no indica una diferencia entre la escuela realista y la naturalista. Utiliza los términos indistintamente para referirse a lo que considera un movimiento surgido de una filosofía materialista. Sostiene que el realismo-naturalismo es la exageración de un rasgo del clasicismo, la observación de la naturaleza; combinado con otro rasgo exagerado del romanticismo, la libertad creativa para usar cualquier material útil a su propósito. Cree que en esa exageración no debe relegarse a una posición inferior el factor psicológico, aunque este debe entenderse como la creencia en un ideal que enriquece la realidad visual sin tener nada que ver con el tradicionalismo religioso.

En lo referente al aspecto del manejo de la crudeza y la violencia en las escenas literarias, Moreno Cora y los literatos mexicanos en general se adhieren más a un lenguaje sutil e insinuante, acorde al Realismo desarrollado en España. Rafael

Delgado en sus *Lecciones de literatura*, define la idea de lo que debía ser la novela: "...hasta donde sea posible, una visión exacta de la verdadera vida..." y agrega: "...el toque principal de la novela finca en la creación de almas y en la pintura exacta de la naturaleza, pero sin predicar doctrinas inmorales ni pintar costumbres de modo que resulten tentadoras"<sup>24</sup>

En mayor o menor medida todos los artistas mexicanos aceptan lo planteado. Es así que recién podemos hablar de novela mexicana verdaderamente realista a partir de 1855, aunque este realismo nunca desarrolle ciertos elementos indicativamente europeos. El desencanto que la modernidad y el materialismo produjeron, en los franceses, los llevó a un pesimismo marcado en su crítica hacia la sociedad y las instituciones. En México, en cambio, las novelas retozan en el optimismo, pues ese mismo materialismo implica promesas de progreso para el país. Las desgracias descritas son producto de malos hábitos personales, de destinos labrados por erróneas decisiones tomadas por impulsos pasionales no racionales.

Otro aspecto peculiar a nuestras obras es el sentido didáctico. Si bien el tópico de la objetividad es tomado en cuenta, muy pocas veces se logra liberar de este yugo. Una vez que el autor arriba a generalizaciones se siente tentado a fortalecer esos datos y darles peso, dejando a un lado la imparcialidad. No hay que olvidar que la gran misión es educar a la población, para civilizar el país. Las obras están orientadas a la clase media nueva y ascendente que genera el progreso. Las críticas van dirigidas al talante moral de ciertos individuos dentro de sus contextos familiares y sociales, sin

llegar a cuestionar el sistema político en donde muchos de los escritores se sienten firmemente enclavados. Puede afirmarse que en las novelas de este período convive junto al ideal artístico, la vocación moralizante y educativa.

La primera novela realista es *Perico* (1885) de Arcadio Zentella, texto adelantado a su época no sólo por su técnica sino también por el vigor de su protesta social. Debieron pasar 20 años para que ésta fuera valorada en su justa medida. El primer escritor realista reconocido fue Emilio Rabasa, quien publica entre 1877 y 1888 cuatro novelas relacionadas temáticamente entre sí: *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Después vendrán otros varios entre los que cabe recordar a Rafael Delgado con *La calandria* (1890), *Angelina* (1893), *Los parientes ricos* (1901-1902) e *Historia vulgar* (1904); Ángel Del Campo con *La Rumba* (1890); Heriberto Frías con *Tomóchic* (1893-1895); Federico Gamboa con *Suprema ley* (1896), *Metamorfosis* (1899), *Santa* (1903) y *Reconquista* (1908); José López Portillo y Rojas con *La parcela* (1898) y *Los precursores* (1909) y, finalmente, Mariano Azuela en su primera etapa, antes de cederte el paso a la novela de la Revolución, con *María Luisa* (1902), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909) y *Sin amor* (1912).

---

Notas

<sup>1</sup>Romero Tobar, Leonardo. *Historia de la literatura española. Siglo XIX. t.II*. Madrid: Espasa, 1998. p.5.

<sup>2</sup>Boeker, George J. *Documentos del realismo moderno*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1975. p.88.

<sup>3</sup>Delgado, Rafael. *Lecciones de literatura en pról. de Antonio Castro Leal a Los parientes ricos*. México: Porrúa, 1992. p.4.

**CAPÍTULO 2**  
**ANÁLISIS DEL ESTILO REALISTA EN LAS OBRAS**

## Rafael Delgado

Rafael Delgado<sup>1</sup> es alabado en general por los críticos<sup>2</sup> como uno de los grandes novelistas de la literatura mexicana del siglo XIX, aunque no haya sido éste el único género abordado por el escritor. Veracruzano de nacimiento, siempre mantuvo una imagen ajena a las opulencias de los círculos de poder político o literario. Poco salió de su estimada provincia, tan sólo para comprobar lo cómodo que se hallaba en ella. Renegó de los pomposos títulos y las artificiosas labores burocráticas, dedicándose casi exclusivamente a la enseñanza.

Cuatro son las novelas que le permitieron adquirir fama: *La calandria* que inicia su publicación en las páginas de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* en 1890, *Angelina* que lo hace en forma de libro en 1893, *Los parientes ricos* surgida en el *Semanario Literario Ilustrado* entre 1901 y 1902, y por último *Historia vulgar* en 1904. Todas ellas están unidas por algunos denominadores comunes: un mismo sitio geográfico, Orizaba y sus alrededores, y la elección de argumentos sencillos que no se salen de los patrones típicos de la vida de provincia en México.

En las cuatros novelas el conflicto amoroso o emocional es el motor de la acción. *La Calandria* puede resumirse como la historia de una muchacha bonita y pobre, hija natural de un rico hacendado, que queda huérfana de madre y es acogida por las piadosas manos de una vecina y su

hijo. Frente al amor que le ofrecen este sincero joven de su clase, y otro inescrupuloso de clase alta, opta por este último y labra su desgracia. *Angelina*, la más romántica de las novelas, es casi un relato autobiográfico sobre las fallidas experiencias amorosas juveniles. *Los parientes ricos* es probablemente la mejor obra de Delgado pues en ella logra desprenderse de lastres románticos que en *La Calandria* y *Angelina* son aún recurrentes: largas enumeraciones, gran cantidad de calificativos y minuciosas acotaciones a la acción de los personajes.

En *Los parientes ricos*, Delgado alcanza el equilibrio entre la descripción costumbrista y el desarrollo de la trama novelística. Esta novela aborda las desventuras que sufre una humilde y honrada familia provinciana, al aceptar la supuesta ayuda que le brindan sus adinerados y codiciosos parientes de la capital. Las hijas de la familia de Pluviosilla se enamoran de sus ciudadanos y europeizados primos. Pero las intenciones de los dos hermanos son muy diferentes; mientras uno de ellos pretende a su prima seriamente, el otro seduce a la hermana minusválida (es ciega) y la abandona. Mientras esto sucede, el supuestamente protector tío, aprovecha sus influencias y superioridad para desfalcarse a los humildes provincianos de su última esperanza económica: una herencia. Estos regresan a su lugar de origen peor de lo que salieron de allí, pues a la desgracia económica le suman la dura pérdida de la virtud y el honor.

*Historia vulgar* es la última novela de Rafael Delgado. Esta corta obra,

tan sólo 63 páginas, fue juzgada duramente por sus contemporáneos pues no repitió el esquema narrativo de las anteriores. Inclusive algunos críticos se han permitido aventurar la hipótesis de una mutilación<sup>11</sup> en los pasajes en que el autor agravaba su crítica social. Más allá de los supuestos, el texto aborda eficientemente las peripecias emocionales por las que la protagonista debe pasar al descubrir que el sincero y honrado hombre que la pretende, ha procreado hijos con una mujer de otra clase social. Ella, sobreponiéndose a las murmuraciones y rumores, decide aceptarlo y adoptar a esos niños.

El hecho de que las cuatro novelas giren en torno a un problema amoroso, hace que éstas carezcan de gran variedad y ritmo en la acción externa. Delgado decide mostrar conflictos familiares en donde la atención recae en la descripción animada de sucesos pequeños y cotidianos. Los detalles accesorios cobran vida para que la trama central mantenga el interés. En la descripción de esos detalles, es en donde la crítica unánimemente ubica el valor literario de las obras.

La extraordinaria veracidad con que pinta el paisaje permite al lector descubrir, mediante rasgos impresionistas y sugestivos, la vida provinciana de Veracruz. Sus cuadros son ágiles y ligeros, gracias al uso constante de personificaciones, y a la atención al movimiento:

El Pedregoso, el gámulo Pedregoso corría, como siempre límpido y parlero; como le vi tantas veces cuando era yo niño: espumoso al tropezar con una roca; cerúleo y adormecido en sus pozas umbrías, bajo el sol de los álamos, queriendo arrastrar a su paso las espiras lánguidas de los convólvulos perennes.<sup>12</sup>

Las descripciones del campo, de los alrededores de las ciudades con su exuberante vegetación y sus cielos amplios y límpidos, son las más frecuentadas por el autor. También demuestra un peculiar interés por los objetos, las habitaciones y enseres que utilizan sus personajes como modo de reflejar el gusto y la sensibilidad de sus propietarios: "(...) y por nada de esta vida dejaría su camita amarilla que él mismo se había hecho, tan alegre, tan bonita, con sus almohadas altas, suaves, con sus fundas tejidas de gancho, su cobertor colorado y su blanco mosquitero de limón."

En la creación de sus personajes es donde el autor tuvo mayor dificultad. Azuela afirma que frente a la riqueza con que estampa imágenes, escenarios y ambientes palpitantes de vida mexicana, las figuras humanas, tanto en sus diálogos y monólogos como en sus acciones, palidecen notablemente. La profundidad psicológica de sus personajes es ciertamente pobre y el crítico plantea, inclusive, que su visión es ciertamente maniquea: el bien aquí y el mal allá, Dios en este sitio y el Diablo en este otro.

Personalmente considero que la trama no se reduce tan maquinalmente a este precepto. En sus personajes suelen convivir y coincidir sentimientos nobles y perversos: Malenita, instigadora en la errónea decisión que toma Carmen, es una buena vecina que desinteresadamente proporciona medicinas, comida y ropa a la enferma Guadalupe durante su prolongada convalecencia; el propio Gabriel no logra

superar su orgullo y perdonar a Carmen cuando aún era salvable la situación; y Alfonso, el bondadoso primo de *Los parientes ricos*, no se atreve a remediar en algo las injustas medidas tomadas por su padre en contra de la familia de su amada.

Independientemente de esto tanto Azuela como otros críticos, reconocen que estos personajes nunca llegan a perder su identidad. Sus actos siempre son coherentes con el planteamiento ideológico que los respalda, y no se desintegran dentro de un grupo o al entrar en el conflicto de la acción. Para Delgado los actores no son el interés principal del libro, sino uno de los elementos del ambiente observado, aunque esto no significa que no haya sabido crear tipos extraordinariamente congruentes con la atmósfera provinciana del México de fines del siglo XIX.

El manejo del lenguaje es uno de los grandes aciertos novelísticos en la obra de este escritor. Limpio, depurado, claro, fácil, transparente son algunos de los acertados adjetivos que críticos como Azuela, Castro Leal Joaquina Navarro le han propinado. Su prosa aporta el ritmo y la agilidad que la falta de acción le niega. Esta fluidez se logra a través del uso de un léxico culto pero familiar, junto a mexicanismos de distintos niveles sociales que nos ubican correctamente en cada situación. El autor supo captar el lenguaje popular en su esencia, pero sin caer en un exagerado costumbrismo.

En los diálogos internos es en donde mejor obtiene esta

representación fidedigna a los cánones realistas. Las pláticas entre Gabriel y sus amigos, o entre las vecinas del patio de San Cristóbal, son una fiel reproducción de los modos y el léxico de la clase media. Sin poses ni falsos distanciamientos los personajes se presentan y hablan ante nosotros.

Si el nivel social representado lo amerita, el autor se permite citar en latín, francés, italiano o hacer uso de atinados refranes comunes a la época. Sin caer en el acendrado costumbrismo, el autor dedica varias páginas de sus textos a la descripción de algunos eventos tradicionales mexicanos. La procesión del Martes Santo en *La Calandria*, los preparativos para honrar a los fieles difuntos el dos de Noviembre en *Angelina*, los rigores del duelo en *Los parientes ricos*, y los almuerzos en el campo de *Historia vulgar*.

En sus primeras novelas estas dilataciones regionalistas son mucho más prolongadas y detallistas, e inclusive llegan a parecer anexos a la trama original. En cambio en las dos últimas, y probablemente cuando la nueva técnica es algo inconscientemente mejor asimilada, estos retratos de escenas típicas se vuelen más cortos, como parte anecdótica pero indicativa de una cultura de tradición española, católica común a la clase media del pasado siglo.

Delgado resulta un valioso exponente de este realismo mexicano convergente con otras corrientes. En el autor observamos claros y definidos rasgos costumbristas y románticos, pero junto a estos una auténtica vocación por reflejar la realidad y estilo de vida veracruzanos de fines de

siglo.

### **José López Portillo y Rojas<sup>vi</sup>**

López Portillo y Rojas fue un prolífico escritor que abordó casi todos los géneros literarios: la poesía, el cuento, la leyenda, la novela, el teatro, los libros de viajes y diversos artículos sobre historia, sociología, filosofía, religión y crítica literaria. Si bien algunos críticos pretenden recordarlo como el precursor de la novela rural mexicana<sup>vii</sup>, quizá es mejor hacerlo por ser una de las personalidades más completas y representativas del México de fines de siglo.

Involucrado profundamente con el gobierno de Porfirio Díaz pero consciente de algunos problemas sociales, decide analizar a la sociedad mexicana desde tres ambientes conocidos para él: el campo, la ciudad de provincia y la gran capital de México. Estos tres temas son abordados en las siguientes novelas: *La parcela* (1898), *Los precursores* (1909) y *Fuertes y débiles* (1919). De estas obras la más recordada y reconocida por sus cualidades literarias es *La parcela*.

La novela trata sobre dos rancheros colindantes, don Miguel Díaz y don Pedro Ruiz. Díaz tiene una hermosa hija y Ruiz un ejemplar hijo. Entre los jóvenes surge el amor, pero los separan las envidias y los rencores que el incapaz de Díaz alimenta, contra su talentoso compadre y vecino. El conflicto se establece cuando don Miguel decide reclamar una porción de

terreno a su compadre Ruiz. La tensión aumenta al grado de provocar un enfrentamiento entre sus peones. Las autoridades intervienen.

Don Miguel, instigado por un ávido abogado, demanda legalmente a Ruiz y todo comienza a enredarse hasta culminar en el asesinato de uno de los peones de don Pedro. Finalmente y aunque tarde, la justicia se hace presente para castigar los rencorosos actos de don Miguel, pero don Pedro en un gesto de caridad cristiana decide perdonar a su antiguo amigo.

El tema y ambiente rural es lo que probablemente despertó gran interés en el público, pues sus siguientes obras cayeron en el olvido. *La parcela* gira en torno a un conflicto desarrollado en diferentes planos: el emocional de la pareja enamorada, el social de los peones y gentes del pueblo involucrado, y el judicial. Todos estos perfiles se desarrollan a partir de un único nudo ambientado en el campo, pero en realidad nunca son abordados directamente las costumbres o los problemas del campesinado. Probablemente por esta causa Azuela declara que:

(...) los personajes de *La parcela* no son retratos sino falsificaciones (...) su visión de nuestra gente del campo no es siquiera la muy parcial del hacendado que sólo encuentra el siervo sumiso y reverente con el sombrero en la mano y una sonrisa abyecta en los labios. Se me antoja más bien la de un señorito llegado de Europa recientemente (...) El mexicanismo de don Pedro, de don Miguel y de sus respectivos familiares consiste en su indumentaria y tal o cual modismo local.<sup>106</sup>

Es decir que la novela posee una serie de características que la ubican en el sector rural con mayor o menor grado de fidelidad, pero no es

una novela rural ya que no pretende reflejar ninguno de los problemas del campo típicos al México del siglo XIX. El tópico de las desavenencias que puede provocar la envidia no es algo exclusivo de este grupo social. Como afirma nuevamente Azuela, López Portillo y Rojas hizo una novela como y para la clase social a la que pertenecía.

Esto no quita que la obra posea méritos. La acción está bien distribuida y llevada, existe una armonía en la construcción que hace que su lectura sea sencilla. El lenguaje empleado es el castellano puro y elegante, con un escueto empleo de la adjetivación. Los diálogos tampoco son importantes, pues López Portillo y Rojas utiliza la fuerte voz del narrador para describir situaciones, analizarlas y hasta juzgarlas.

Este manejo tan pulcro del lenguaje hace que los personajes se perciban con una buena dosis de afectación, lejana a la vida real. El autor emplea poco mexicanismos ya que, como asegura Joaquina Navarro, utiliza como lenguaje del campo algunas palabras que son comunes al dominio de toda la lengua castellana sin particulares localismos.

Los extranjerismos están presentes, a modo de sátira, en el hablar de los personajes "snobs" de la historia, como el juez don Enrique Camposorio. José López Portillo y Rojas define a algunos de sus personajes por la forma característica en que se expresan, por ejemplo don Pedro: "Cuando todo iba bien no decía palabra, pero cuando estimaba preciso corregir algún vicio (...) daba órdenes concisas y con tono imperativo"; Ramoncita es "(...) alegre y

comunicativa en palabras (...) sus frases no servían tanto para demostrar la injusticia del ataque, cuanto la inagotable bondad y nobleza del corazón" <sup>x</sup> y don Gregorio Muñoz "(...) era desleído, altisonante, sembrado de preguntas, respuestas y admiraciones esmaltadas por constantes superlativos, y distribuidos en períodos largos ricos y numerosos"<sup>ad</sup>

Otra técnica descriptiva empleada por el autor son las comparaciones, especialmente las que llevan una cierta carga de humor o ironía: "Don Santiago Méndez (...) rasuraba todo el rostro cuidadosamente. Esto, unido a la falta de dentadura, le hacía parecer más vieja que viejo."<sup>ad</sup>

López Portillo y Rojas no abunda mucho en el uso de las descripciones como lo hiciera Rafael Delgado. El campo, la ciudad y sus alrededores no se hallan definidos ni son claramente identificables, el único paisaje que se hace acreedor de minuciosa representación es el terreno en pleito, el Monte de los Pericos.

Algo semejante ocurre con las tradiciones, pues en *La parcela* no presenta entre sus escenas, descripción a alguna fiesta o celebración de carácter costumbrista. Probablemente, el único rasgo lo hallamos en el constante y atinado empleo de los refranes.

En cuanto al manejo de los personajes, el autor logra una mejor caracterización en los actores secundarios, que en los papeles principales. Estos son representados unilateralmente, sin profundidad, como auténticos baluartes morales. Don Pedro, Gonzalo, Ramona, el cura Anastasio

Sánchez y el capataz Simón Ocegüera no poseen atracción especial, pues sus acciones responden a parámetros extremadamente fijos y previsibles.

En cambio, los personajes secundarios que resbalan moralmente en algún momento de la obra, resultan mucho más provocativos y reales: Chole con sus pretensiones de un matrimonio ventajoso, don Santiago Méndez obsesionado por el poder y la política, y don Gregorio Muñoz en su afán por sobresalir y descollar.

La obra de José López Portillo y Rojas, si bien no representa necesariamente aquello que el propio autor indica en el prólogo como objetivo primordial (la revelación del modo de ser nacional íntimo, de las clases rurales, producto directo y genuino de nuestro pueblo), posee ciertas cualidades que la distinguen literaria y sociológicamente. Describe, al menos, a la sociedad que una parte tradicionalista de México pretendía alcanzar.

### **Emilio Rabasa<sup>18</sup>**

Emilio Rabasa formó parte del selecto séquito casi imperial que rodeó a Porfirio Díaz durante su prolongada estancia en el gobierno. Íntimamente ligado al poder, explotó su vena artística con la suficiente inteligencia y calidad literaria como para poder ser recordado en la actualidad por esta cualidad, más que por su participación en la vida política de ese periodo.

Cuatro son las novelas que le permitieron trascender: *La bola* y *La*

*gran ciencia* surgidas en 1887, y *El cuarto poder* y *Moneda falsa* en 1888. Esta tetralogía debe ser leída y estudiada en conjunto, porque no son más que la realización de una misma historia en cuatro diferentes etapas: las desventuras y desgracias que atraviesan un ambicioso militar, don Mateo Cabezudo, y un idealista joven, Juan Quiñones, en los vericuetos internos de la política, el poder, la prensa y hasta las relaciones humanas.

*La bola* identifica a los principales personajes, y establece antagonismos. En San Martín de la Piedra, un perdido pueblo de provincia, nace la bola, una ilógica y desordenada revuelta que sólo busca tumbar el poder político de unas manos a otras. A ella son arrastrados los inocentes pueblerinos y Juan Quiñones, un honrado joven que ve en ésta el medio para acceder más fácilmente a la mano de su amada Remedios. El comandante don Mateo Cabezudo es el líder de la sublevación y el tío de Remedios. Por azares de la suerte, el triunfo del enfrentamiento cae en manos del joven, pero esto es ocultado y sólo ahonda la brecha existente con el ahora coronel, Cabezudo.

En *La gran ciencia* la acción se desplaza a la capital del estado. Allí ha ido a para Juan Quiñones, tras las desavenencias surgidas con don Mateo. Obtiene un empleo como auxiliar del secretario del gobernador y comienza a descubrir los manejos tras bambalinas en el arte de gobernar. Cabezudo también se traslada a la ciudad, pues necesita establecer los amarres suficientes en su búsqueda por obtener una diputación ante el

Congreso de la Unión. Rabasa se explaya en la descripción detallada de "(...) de la gran ciencia de ganar siempre, que en mi tierra se llama política."<sup>37</sup> y de la burocracia:

Pero aquí se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político para que vaya a cambiar de aires; y un recaudador para que se haga rico.<sup>38</sup>

Al mismo tiempo observamos cómo los personajes, con cierta excepción en Juan Quiñones, van perdiendo valores y escrúpulos. A mayor opulencia del entorno, menor honradez.

Con *El cuarto poder* Quiñones y Cabezudo arriban a la ciudad de México. El primero sigue intentando obtener méritos para alcanzar a Remedios, el segundo ya es un honorable diputado. Quiñones se emplea en un periódico y advierte el inmenso poder que la prensa puede proporcionar. Desde este púlpito se propone destruir a Cabezudo quien, ansioso por alcanzar una senaduría, cae en las redes de la ostentación, manipulación y adulación.

Una encarnizada lucha se entabla entre ambos, con aciagas consecuencias para las amorosas relaciones entre el novel periodista y Remedios. Es el turno de observar la disección de este oscuro poder que se compra sin miramientos ni tapujos: "(...) en fin, todo el que había menester cinco líneas en el periódico para ampararse con la opinión pública o envolverse en un pliegue de su generoso manto."<sup>39</sup>

*Moneda falsa* refleja la vertiginosa caída de ambos personajes, al

descubrir la inconsistencia del encumbramiento que persiguieron. Juan Quiñones, ácido crítico del gobierno, descubre que éste mismo es quién le ha permitido subsistir tanto tiempo. Su supuesta supremacía moral es un castillo construido sobre las mismas pantanosas tierras en las que todos se arrastran.

Por su parte Cabezudo paga con su ruina económica, el alto precio de pretender pertenecer al selecto grupo del poder. Mientras esto ocurre, Remedios cae presa de una grave enfermedad que obliga a los contrincantes a restablecer una tensa paz. Tras tantos infortunios y con la conciencia maltrecha, deciden regresar a San Martín de la Piedra y rehacer su vida juntos.

A través de las situaciones vividas por sus personajes principales, Rabasa analiza a conciencia algunos problemas políticos y sociales como ningún otro escritor del período se había atrevido a hacerlo. Mariano Azuela, en *Cien años de novela mexicana*, los identifica claramente: el caciquismo topo y voraz, el militarismo insolente, la burocracia corrompida y el imperio de la fuerza y del dinero dominando en todas las actividades del país.

El estilo de Rabasa es rápido y esquemático. La acción se restringe a la observación del movimiento de sus personajes en los distintos escenarios de conflicto. Lo que busca es mostrar y describir el talante moral de los hombres en su acontecer diario, razón por la cual suele caer en tipos demasiado definidos sin la profundidad psicológica necesaria.

Cabezudo representa la pueblerina ambición por escalar socialmente a través de las apariencias, pero sin ningún objetivo de superación cultural o intelectual. Bueso, es la más completa pintura de la amoralidad y la inescrupulosidad encarnada en un ministro sin cartera. Quifiones es la inocencia y la honradez juvenil que se ve avasallada por los embates de la vida. Vaqueril es un acabado político en el arte de manipular, obtener y congregar. Remedios es la clara imagen de la abnegada y pura mujer que sufre las consecuencias de los hombres pasionales y abruptos. Jacinta, la hembra perdida por sus internas pulsiones.

El uso que hace de las descripciones es sucinto y limitado. Tan sólo nos ubica en el paisaje y perfila al personaje, pues sus palabras y acciones concretarán el retrato. Esto se refuerza con un lenguaje llano, claro y culto pero generalmente acorde al tipo estudiado. Su única licencia estilística peculiar es el empleo del humor ácido y sutil, de la ironía certera y exquisita:

No podía, en efecto, serlo más el señor don Sixto Liborio Vaqueril, que sin saber cómo ni cómo no, se dio el día menos pensado un tropezón con el sillón del Gobierno (...) y acostado la noche anterior en su cama, como simple Vaqueril, amaneció con el águila de la República posada sobre la coronilla.<sup>200</sup>

Los diálogos, tanto internos como externos, pues cabe recordar que la mayor parte del texto está en forma de memorias, acercan a lo entrecortado e inclusive violento de la acción. Rabasa nos coloca frente al escenario para que juzguemos a los personajes con información de primera mano, sin necesidad de acotamientos autorales ni prevenciones morales.

Probablemente lo parco del estilo le permite afirmar a Mariano Azuela que lo que le sobraba a Rabasa de inteligencia, le faltaba de emotividad y sentido artístico.

En lo personal, considero que las cuatro novelas de Rabasa son de muy buena manufactura, con distribución ágil de la acción y de agradable lectura. Si bien los personajes no poseen la profundidad psicológica adecuada que les impuso el corsé de una definición arquetípica, continúan siendo reales y convincentes.

Creo que es uno de los más acabados realistas del período, pues supo mantener prudente distancia del romanticismo, al evadir las sentimentales descripciones de la naturaleza o el ambiente. Esto no significa que no haya volcado emotividad en el texto, pues los diálogos internos de Juan Quiñones reflejan los vaivenes emocionales del personaje principal.

Independientemente de esto, considero que el mayor logro de Rabasa fue el haber abordado con autenticidad, el corrupto medio de las luchas intestinas por el poder dentro de la política y la prensa. Su crítica al México contemporáneo a Porfirio Díaz es invaluable por su fidelidad, y probablemente como afirma Carlos Monsiváis " (...) es quizá el primero que advierte las posibilidades satíricas de una sociedad nueva, crédula, demagógica, sólo apta para la falsedad." <sup>244</sup>

\* Federico Gamboa <sup>245</sup>

Gamboa fue uno de los escritores más leídos y difundidos en las postrimerías del porfiriismo. Relacionado con grupos exclusivos del centro de la República, sus obras fueron bien acogidas desde un principio tanto dentro del país como en el exterior. En este afortunado recibimiento coincidieron varios factores: una privilegiada posición social, fructíferos contactos en el exterior, así como la elección de un estilo literario audaz e innovador para el país, el naturalismo.

Este naturalismo, superfluo para algunos y verídico para otros, se reflejó principalmente en la temática escabrosa de sus novelas, y en un lenguaje cargado de sensualidad. El autor, desde el estrado de un católico creyente, decidió implementar con independencia algunos de los preceptos naturalistas pero sin caer en el determinismo biológico.

De las seis novelas escritas por Gamboa, dos son las competentes al presente trabajo: *Suprema ley* y *Santa*. La primera fue escrita en 1896 y narra la historia de un escribiente de juzgado, que se enamora apasionadamente de una reza sospechosa en la muerte de su concubino. Julio Ortegá, el escribiente, es un hombre común de clase media, casado y con seis hijos. Su situación económica es precaria, al igual que su matrimonio con Carmen. Tras varios años de sufrimientos y austeridades, el cariño que alguna vez unió a los cónyuges ha desaparecido, para dejarle espacio al fastidio y la obligación.

En esa circunstancia conoce a Clotilde, una hermosa y desamparada

joven que ha venido a dar a la cárcel tras el suicidio de su amante. Julio le ayuda a salir de su atolladero legal y le ofrece cobijo en su hogar, empujado por la incipiente pasión que pronto lo arrastrará sin control ni remedio. Clotilde, tras percatarse de la comprometida situación, abandona la casa con la esperanza de evadir el amoroso embate pero resulta inevitable. Tras ella va Julio con su vehemente y frenético sentimiento, olvidando por un tiempo las responsabilidades familiares que otrora lo agobiaran.

Mientras esto ocurre su hijo mayor, y en quien Carmen ha encontrado apoyo y consuelo, cae gravemente enfermo. Los abnegados cuidados de su madre, de un desinteresado médico y de un maestro, logran salvarlo. Pero ha quedado muy débil y la economía familiar muy mermada, por lo cual deciden marcharse a vivir con el maestro y su esposa que fraternalmente los acogen. Julio inicia su caída pues a su precaria salud, debe aunar el abandono de Clotilde tras el perdón otorgado por su padre. Solo y con su conciencia cargada de culpas y fogosos recuerdos, muere atacado por la tuberculosis.

*Santa* fue la novela más popular y leída de su tiempo. Llevada al cine numerosas veces, narra la triste historia de una prostituta. Una bella y consentida joven de pueblo, que pese a los cuidados de sus hermanos y madre, entrega su doncelez al primer truhán que la habla de amor. Deshonrada la familia, Santa sólo encuentra acogida en un prostíbulo de la ciudad. En él, y tras vencer sus últimos impulsos morales, conoce el lujo, el

placer y la admiración que su voluptuosa belleza provoca en los hombres; pero también el vicio, la lujuria y la lascivia.

El amor y la estabilidad que algunos de sus amantes le ofrecen, ya no resultan atractivos para Santa. La inmolación es inevitable, y con la misma celeridad con que ascendió, Santa cae. Destrozada por el alcohol y el cáncer, ni los burdeles más corrientes la quieren. Quién fuera imán de todas las miradas y deseos, se convierte en un estigma, en un símbolo de putrefacción moral.

Sólo Hipólito, el solícito y fiel ciego que toca el piano en el burdel, la está esperando. Su amor siempre ha estado allí para colmarla y aceptarla cuando ella lo dispusiera. Y entonces, cuando Santa por fin descubre la profunda belleza que se esconde tras la horrorosa figura de Hipólito, cuando finalmente se descubre poseedora de una pureza que sólo Hipólito ve en ella, es ya muy tarde. La enfermedad destruye los cándidos sentimientos de estos seres, que sólo en el sufrimiento, encuentran la purificación.

Ambas novelas, escritas cuidadosamente y bajo un patrón lógico, describen con fundada veracidad distintos ambientes de la ciudad. Los juzgados con sus corruptos vericuetos legales; el teatro y su falsa luminosidad; los burdeles con sus miserias y depravaciones.

Federico Gamboa, casi autobiográficamente, recorre estos sitios y nos los muestra en su crudeza y opacidad. Pero también, y más allá de las minucias, está la ciudad de Méxco como referente de un período político y

cultural: la Catedral y la iglesita de Chimalistac; las vecindades y los barrios de las afueras; los panteones; los restaurantes de moda y los bares más decadentes; los hospitales; la patriótica fiesta del 16 de Septiembre en el Zócalo.

Sus descripciones son de extraordinaria plasticidad, reales y acertadas aunque en *Suprema ley* abuse un tanto de ellas en detrimento de los diálogos: "(...) y el resto de la mañana pasóse tétricamente la muerte allí, al lado de ellos, dispuesta a salir de las puntas de las plumas, de los folios de los expedientes, de los libros arrumbados en los escritorios (...)"<sup>22</sup>

El autor intentó utilizar un lenguaje familiar y natural a los personajes pero en este aspecto no obtuvo su mayor logro. A veces, y por querer alcanzar la espontaneidad, construye frases gramaticales o sintácticamente extrañas. Su mayor acierto se encuentra en el empleo del lenguaje interior con reflexiones cargadas de emotividad, pero claras y comprensibles, transita casi sin distinciones del diálogo a los monólogos internos. Las comparaciones metafóricas y las imágenes impresionistas son los otros dos recursos especiales del autor: "Sólo los tranvías (...) cruzaban ese mediterráneo, con imponente majestad de acorazados, implacables (...)"<sup>23</sup>

En donde Gamboa no alcanzó mérito alguno, fue en la definición de sus personajes. Los caracteres se debilitan, falta profundidad en el estudio psicológico de las situaciones y de sus actores. El autor persiguió con tanto afán la observación moral, que existe una franca desproporción entre la

crudeza de sus imágenes, lo sensual del lenguaje y la prédica edificante.

Esta falta de agudeza la observamos por ejemplo en Clotilde cuando asume que la atracción religiosa es más poderosa que la amorosa de Ortegal: "porque la atraía, he ahí todo."<sup>108</sup> Santa tampoco da una explicación convincente sobre la constante negativa a aceptar el cobijo y sincero amor que Hipólito le ofrece, mientras su salvación es aún posible.

Para John Brushwood, el autor basó la acción en el sentido común y en el conformismo, complementados por una edificante compasión humana. Las circunstancias y las escasas posibilidades son las que finalmente destruyen todo. En mi opinión, si bien intenta respetar los principios naturalistas del determinismo biológico, no logra sustraerse de la prédica ejemplar, de la enseñanza moralina.

Cuando ambos personajes recapacitan en su conducta y pretenden enderezar el camino, la justiciera muerte los alcanza. Sus pecados los condenan en finales cargados de romanticismo y religiosidad: Julio solo, físico y en un ambiente de degradación, Hipólito ante la tumba de Santa sumido en un arrebató místico.

### **Mariano Azuela<sup>109</sup>**

Mariano Azuela es quien sin duda tiene mayor trascendencia literaria en el ámbito nacional e internacional, entre los abordados en el presente trabajo. Oriundo de Lagos de Moreno, Jalisco, y médico de profesión, decide

abordar la literatura desde una perspectiva cargada de conciencia social y nacional. Sin poder evadir su formación científica, diagnostica los males de la sociedad rural y citadina con certeza y agudeza, pero también con compasión propia de quién las ha vivido de cerca.

Azuela fue un hombre honrado y consecuente con sus principios a los cuales nunca renunció por encumbrados puestos políticos o rimbombantes reconocimientos. Declarado antiporfirista, tuvo una estrecha participación en el proceso revolucionario junto a Madero, y al villista Julián Medina.

Autor de más de veinticinco obras, sus novelas pueden clasificarse en cuatro categorías: las realistas escritas antes de 1910, las de la Revolución que aparecen entre 1911 y 1918, las vanguardistas entre 1923 y 1932, y las políticas que comienza a escribir en 1927 hasta el año de su muerte. De toda su producción son las primeras novelas las que menos atención recibieron, pues a partir de *Andrés Pérez, maderista* es que el público comienza a reconocer al Dr. Azuela. Pero en el presente trabajo son exclusivamente éstas las que analizaré, por pertenecer a la corriente literaria estudiada: *María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909) y *Sin amor* (1912).

*María Luisa* surge como argumento en un cuento publicado en 1896, dentro de la serie titulada *Impresiones de un estudiante*, y como novela lo hace en 1907. Basada al igual que la mayoría de las novelas, en auténticas vivencias del autor, narra la historia de una guapa joven hija de la casera de

una pensión para estudiantes, que labra su desgracia al caer presa de su pobre voluntad. María Luisa cede a un amor que la enloquece, y escapa con un estudiante de medicina más joven que ella. Éste, tras saciar su irrefrenable apetito de macho joven, descubre lo rápido que la pasión se trueca en hartazgo.

La joven está irremediablemente perdida: su educación y desfavorable medio, sus incontrolables celos, y una herencia maldita que la empuja al alcoholismo, precipitan la destrucción. En un sobrio párrafo Azuela describe los últimos tres míseros años de la vida de María Luisa, con una instantánea imagen que refleja a profundidad, la vida desperdiciada de la joven. Ésta muere, víctima de la tuberculosis, ante la irónica visión del amor de su vida pese a que éste ni siquiera la reconoce, por estar flirteando con una enfermera.

En *Los fracasados* y según textuales palabras del autor, analiza "(...) el fracaso de un idealista en un medio adverso."<sup>24</sup> Azuela coloca dos personajes, que pese a lo contrapuesto de sus filosofías, persiguen con rectitud y pasión un ideal de grandeza. Cabezudo al buscar la resolución de la dicha humana conforme al Evangelio, y el licenciado Reséndez llevado por anhelos de la más pura justicia. Pero a sus realizaciones se oponen toda una pueblerina sociedad sumergida en sus ambiciones, mezquindades y egosmos.

A través de las pasiones levantadas por el cura y el abogado, vemos

cómo la compacta estructura social reacciona para absorber cualquier intento de modificación al medio: unos, juzgando al padre ora de loco fanático, ora de abnegado servidor de Dios; otros, protegiendo sus intereses económicos con las mismas armas de la justicia que Reséndez idealiza.

Los chismes, el servilismo, la corrupción y la idiotez son ejemplarmente reflejados y nos guían a un único final posible: la incultura y el dogma imponiéndose con su brutal fuerza. Cabezudo, tras ser llevado a la capital a dar cuenta de sus actos, es rápidamente olvidado; el licenciado Reséndez, vilipendiado y agredido, desaparece en busca de lo único a lo que aún puede aferrarse en su fogosa juventud, el amor de una mujer.

*Mala yerba* es una novela situada en el campo mexicano tanto en sus paisajes, como en los personajes, lenguaje y conflictos descritos. El título hace alusión a una familia de hacendados, los Andrade, criollos opresores sin otra ley que la satisfacción de sus apetitos, tiranos de peones, dueños y señores de sus tierras y de todo lo que se pose en ellas, incluyendo el gobierno y la administración de la justicia.

Allí aparece Marcela, una bella aldeana que debe soportar los perversos embates de Julián, último vástago de la degenerada familia, las agresiones que su envidiada posición de favorita generan en su entorno y el peso de "(...) una raza entera, enferma de siglos de humillación y amargura."

<sup>xv</sup> Enamorada del valiente y caballeroso Gertrudis, debe renunciar a éste para intentar salvarlo de la inevitable muerte a manos del patrón. Pero

Jullán, empujado por los celos, no perdona y asesina con pavorosa impunidad a Gertrudis y a la propia Marcela. Ambos son, junto con tantos otros, víctimas no sólo de sus amos, sino también de sus propios compañeros que por instintivo esfuerzo de adaptación, festejan y asumen la perversidad del entorno.

Como anécdota quizá resulta interesante saber que, esta obra surge también de un caso personalmente atendido por Azuela. Como médico legista oficial recibe un expediente por homicidio calificado para ser dictaminado. Éste narraba las fechorías de un celoso hacendado que prefiere asesinar a su caballerango, antes que tener que compartirlo con una joven y bella mujer escogida por el trabajador como esposa. Pero en esos tiempos, y pese a las provocaciones y atrevimientos de Zolá, las relaciones homosexuales no eran aceptadas en las novelas, por lo cual decide adaptar la historia.

*Sin amor*, si bien es publicada en fecha posterior a la Revolución, fue escrita con anterioridad y pertenece al grupo de novelas realistas del autor. En ella, así como en *Los fracasados*, hace un estudio de la burguesía pueblerina con su sopor y aburrimiento; donde se concede valor a lo insignificante, a lo que propiamente es la negación de todo valor. La historia cuenta las cortas perspectivas de una mujer decidida a escalar económicamente a cómo dé lugar. Ana María, heredera de los anhelos de su madre, entrega su juventud, belleza e inteligencia, a un tosco y bruto

ranchero rico sin más aspiraciones que embriagarse en la cantina local, junto a sus devotos y serviles conocidos.

De esta transacción la protagonista sólo obtiene, al paso de los años, la falsa admiración de una aburrida y corrompida sociedad corta de perspectivas, y la decadencia de su otrora deslumbrante belleza. En contrapunto, el autor sitúa a una auténtica y culta joven de clase social superior, que pese a perder su patrimonio económico, conserva y acrecenta sus virtudes con un matrimonio basado en la superación, el esfuerzo y la educación. De este modo, las comparaciones y conclusiones se presentan ante el lector de forma clara y definida.

Estas cuatro novelas circunscritas todas a la corriente realista, poseen características de estilo que les permiten ser analizadas conjuntamente. Mariano Azuela emplea una técnica depurada y sucinta, ágil y sin superfluos artificios, tal que a veces podría ser considerada violenta. Recordemos por ejemplo, el corto párrafo que describe toda la debacle física y moral de María Luisa, o la única página que nos introduce en el pasado y motivaciones de Reséndez.

Sus descripciones son auténticas pues emplean un lenguaje específico y acorde al área representada. Es un fiel dibujante de costumbres y estilos populares, que demuestran el íntimo conocimiento, que el autor posela del medio. Los actos y el lenguaje perfilan a cada uno de los personajes, en unas cuantas líneas sin acotaciones ni explicaciones a una

real forma de ser. Ninguno de ellos habla o actúa como no correspondería al tipo social indicado.

Este extraordinario logro se ejemplifica especialmente en aquellos personajes revestidos por una pátina de oro, que no pueden ocultar el corto abolengo al hablar: los nuevos ricos. Rancheros de pueblo vestidos de amos como Julián Andrade: "Tiene un modo de arrancar que en la pura salida te despacha a pepear las muelas a ca mi señor Jesucristo. ¿Tú cómo te tanteas?"<sup>xxxx</sup> Aldeanas rollizas, despachantes de leche pero que presumen codearse con la esposa del señor Presidente, como doña Recadera: "A las Gutiérrez les mandan dos cuartillos de leche, dicen que se mamaron la vaca, (...) los demás son entregos que sus dueños vendrán a recoger."<sup>xxxx</sup>

Estos personajes tan fielmente reflejados, nunca se convierten en arquetipos psicológicamente unidimensionales, mequiavélicamente simples. Sus conflictos y desgarramientos son expuestos en detalles sugeridos con leve y expresivo rasgo, sin necesidad de largos monólogos interiores tan comunes a otros realistas mexicanos.

Julián ora mira a Gertrudis ora mira a Marcela.

El morenciano, hosco, pide el collar al viejo Marcelino y lo ajusta holgadamente al onduloso de la Giralda.

Hasta entonces repara Julián en la gardenia que Gertrudis lleva prendida en la pechera, la misma que ha desaparecido de las negras trenzas de Marcela.

Su boca se seca y rechinan sus dientes.

-¡Quítate eso, Gertrudis!- ruge con voz descompuesta y rostro cadavérico.

Gertrudis se vuelve inalterable y en vez de ojos encuentra brazas, pero sostiene tan serenamente la aguda mirada, que Julián tiene que volverla hacia otro punto.<sup>xxxx</sup>

Con dos ágiles imágenes, el autor plantea el conflicto abierto por Marcela entre los dos hombres, y perfila su dramática conclusión. Genuinos mexicanos de carne y hueso que actúan como seres reales y no como títeres movidos al capricho del novelista.

El hecho de denunciar la perversión de una sociedad casi feudal que aplasta los más básicos derechos de un estrato social, no le impide descubrir los vicios de estos mismos sometidos: el alcoholismo, la violencia y la falta de solidaridad y conciencia de clase.

Probablemente la única falta a esta regla de imparcialidad sea la ejercida por Azuela hacia las mujeres y hacia ciertos personajes, que parecen funcionar como "alter-ego" del autor. El mal proceder femenino, pese a ser condenado con dureza, es justificado y conpadecido ante un medio cultural adverso que descarga su corrupción en los miembros más débiles.

María Luisa es víctima de su sensibilidad excitada, de su herencia maldita, así como del maltrato familiar y de las convenciones sociales que juzgaban el resbalón de una soltera como el peor crimen cometido: "A una mujer calda podía llegarle el lépero más miserable, sin una sola voz que se levantara en su defensa."<sup>100</sup> Marcela lo es de sus voluptuosidades y de la maldición de su raza pasiva y desventurada. Ana María sólo accede a aquello para lo que su madre la ha preparado, el sacrificio de su honorabilidad y felicidad en pos de una situación económica privilegiada.

Los personajes "alter-ego" del autor, verdaderos ejemplos de nobleza, rectitud, dignidad y valor, funcionan como elementos esperanzadores dentro del marasmo pesimista circundante. Mariana e inclusive Gertrudis en *Mala yerba*, Julia Ponce y su primo en *Sin amor*, el licenciado Reséndez y Consuelo de *Los fracasados*, reflejan los valores y virtudes que don Mariano propone y ejerce.

El estilo ágil y ligero, la visión objetiva y su insuperable calidad moral hicieron del autor un retratista extraordinario de la estupidez, la injusticia y la iniquidad humana circundante. En el análisis fidedigno de los detalles, descubrió con la exactitud de un científico y con la compasión de un patriota, los males que asediaban a la sociedad mexicana prerrevolucionaria.

<sup>1</sup> Rafael Delgado es oriundo de Veracruz. Nace el 20 de Agosto de 1853 en la ciudad de Córdoba, la que abandona prontamente para ser llevado a Orizaba. Estudia en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe hasta los once años, edad en la cual se traslada junto a su familia a la ciudad de México. Continúa recibiendo una firme educación religiosa hasta que regresa a Orizaba para culminar sus estudios en el Colegio Nacional. Ejerce como docente en este mismo instituto educativo de 1875 a 1894 al tiempo que escribe gran parte de sus obras literarias. En 1818 se le nombra miembro de la Sociedad Sánchez Oropeza y de la Academia Mexicana de la Lengua en 1892. Reside en la ciudad de México de 1894 a 1898 donde desempeña labores en una empresa minera mientras colabora en reconocidos periódicos como *El Tiempo*, *El País* y *La Revista Moderna*. En 1913 se desplaza por corto tiempo a Guadalajara para encargarse de la Dirección General de Educación Pública en retribución al ofrecimiento hecho por José López Portillo y Rojas como Gobernador del Estado. El 20 de mayo de 1914 muere en Orizaba. Bibliografía: novelas *La Calandria* 1890, *Angelina* 1893, *Los parientes ricos* 1903, *Historia vulgar* 1904, monólogo *Antes de la boda* 1899, *Cuentos y notas* 1902, *Lecciones de literatura* 1904, *Sonetos* 1940.

"En efecto, Delgado es el primer mexicano que arremete con el género novelístico, no sólo con dotes de buen narrador y excelente descriptista, sino con preparación literaria y conocimientos de la técnica de este oficio" Azuela, Mariano. "*Cien años de novela mexicana*" en *Obras completas*: II. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p.623. "Es seguramente Delgado el novelista mexicano de fines de siglo XIX y principios del XX en quien todas estas virtudes resplandecen con mayor esplendor" Castro Leal, Antonio, pról. a *Los parientes ricos* de Rafael Delgado. México: Porrúa, 1992. p.7.

"de *Historia vulgar*, la novela corta, se conoce una edición de 1904, de la cual se sospecha está mutilada en algunos pasajes" Navarro, Joaquina. *La novela realista mexicana*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1992. p. 90. "(...) algunos críticos han afirmado que apareció mutilada, particularmente en aquellos pasajes en donde el autor lleva hasta el extremo su crítica social, tomando como blanco algunos personajes femeninos de Villatriste, que no es otra ciudad que Orizaba." Sol T., Manuel, ed. introd., y notas a *La Calandria* de Rafael Delgado. México: Universidad Veracruzana, 1995. p. 21.

<sup>2</sup>Delgado, Rafael. *Angelina*. p. 55.

.....*La Calandria*, p. 16.

<sup>3</sup>José López Portillo y Rojas nació en Guadalajara, Jalisco, el 26 de Mayo de 1850 en el seno de una familia prestigiosa, rica y conservadora. Estudió abogacía en esta misma ciudad, profesión que le permitió desempeñar numerosos cargos políticos durante el régimen porfirista. Fue Diputado al Congreso de la Unión y a la Legislatura del estado, Magistrado suplente, Senador, profesor de Derecho Penal y Minero, y de Economía política en la Universidad de su natal estado, Delegado a la segunda Conferencia Panamericana, Subsecretario de Instrucción Pública, Secretario de Relaciones Exteriores y Gobernador del estado de Jalisco. Sus vínculos con el gobierno fueron estrechos y prolíficos. Su participación fue el símbolo del respeto al clero y a la antigua organización económica y social de origen español; pero además formaba parte de un sector del país que apoyó a la dictadura como medio para combatir el liberalismo de la Reforma y defender sus propios intereses económicos y religiosos. A la par de sus labores burocráticas desarrolló una destacable labor literaria. Fundó la revista *La República Literaria*, fue socio del Liceo Hidalgo, Liceo Morelos, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, miembro de la Real Academia Española y de la Academia Mexicana. Muere en la ciudad de México el 22 de Mayo de 1923. Bibliografía: (lugar de publicación la ciudad de México, cuando no se exprese lo contrario) *Impresiones de viaje*, 1873; *Egipto y Palestina*, apuntes de viaje, 2 vol. 1874; *Un héroe*, poema, 1882; *Seis leyendas*, Guadalajara, 1883; *El amor del cielo*, leyenda, Guadalajara, 1884; *Armonías fugitivas*, poesías, Guadalajara, 1892; *La venganza de Bravo*, drama, Guadalajara, 1893; *Carne de cañón*, monólogo, *El tiempo*, 4 de marzo de 1894; *La parcela*, Biblioteca Agüeros 1898; *La corregidora*, escena dramática, Guadalajara, 1899; *Novelas cortas*, Biblioteca Agüeros, t. I, No. 11, t. II, No. 49, 1903; *La raza indígena*, 1904; *¡Abajo los toros!*

1906; *La novela 1906*; *Elogio de Manuel José Othón 1907*; *El monotelismo de los hebreos 1907*; *Ricos y pobres*, discurso Academia Mexicana de Jurisprudencia, 1908; *Los precursores*, novela, Biblioteca Agüeros, No. 69, 1909; *Ensayos económicos 1910*; *La doctrina Monroe 1912*; *Historias, historietas y cuencucillos 1918*; *Fueres y débiles*, novela, 1919; *Rosario la de Acuña 1920*; *Aztecas y espartanios 1921*; *Elevación y caída de Porfirio Díaz 1921*; *Enrique VIII de Inglaterra 1921 y La vida al través de la muerte 1964*.

<sup>100</sup>“(…) dio tipo de el mejor tipo de novela rural con que cuenta nuestra literatura: *La parcela*”. González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Porrúa, 1975, p.221. “La historia sobria y hábilmente narrada (….) sobre la vida del campo en México (….) una de las novelas más perfectas de nuestra literatura.” Castro Leal, Antonio. pról. a *La parcela* de José López Portillo y Rojas, México: Porrúa, 1991. p. XI.

<sup>101</sup>Azuela, Mariano. *Obras completas*. p. 634- 635.

<sup>102</sup>López Portillo y Rojas, José. *La parcela*. p. 17.

<sup>103</sup>*Ibid.*, p. 47.

<sup>104</sup>*Ibid.*, p. 227.

<sup>105</sup>*Ibid.*, p. 109.

<sup>106</sup>Emilio Rabasa nació en Ocozocoautla, Chiapas, el 25 de Mayo de 1856. En este estado vive hasta que emigra a Oaxaca para recibir instrucción académica en el Instituto de Ciencias y Artes. Se recibe de abogado en 1879 y desempeña sucesivas labores en su estado natal relacionadas con su profesión: diputado al la Legislatura de Chiapas, director del Instituto del estado, Juez Civil, secretario del gobernador Mier y Terán. En 1886 arriba a la ciudad de México y asume los siguientes cargos: defensor de oficio, agente del Ministerio Público, Juez 5° Correccional, catedrático de Economía Política en la Escuela de Comercio, etcétera. Paralelamente a estas actividades inicia su vocación literaria con la poesía, para luego dedicarse al periodismo, la crítica literaria (funda en 1888 con Reyes Spíndola el periódico *El Universal*) y las novelas. Escribe bajo el seudónimo de Pío Gil o Sancho Polo. En 1891 asume la gubernatura de Chiapas, tras lo cual es elegido senador. Desempeña labores como catedrático de la Escuela Nacional y de la Libre de Jurisprudencia, convirtiéndose en una autoridad en Derecho Constitucional. Muere el 25 de Abril de 1930 a los 74 años de edad. Bibliografía: *La bola* (1887), *La gran ciencia* (1887), *El cuarto poder* (1888), *Moneda falsa* (1888), *La guerra de tres años* (en *El Universal* 1891), *El artículo 14 constitucional* (1906), *La constitución y la dictadura* (1912), *El juicio constitucional* (1919), y *La evolución histórica de México* (1920).

<sup>107</sup>Rabasa, Emilio. *La gran ciencia*. México: Porrúa, 1999. p. 232.

<sup>108</sup>*Ibid.*, p. 286.

<sup>109</sup>—. *El cuarto poder*. P. 109.

<sup>110</sup>—. *La gran ciencia*. p. 189.

<sup>111</sup>Monsiváis, Carlos. pról. a *La bola* de Emilio Rabasa. p. 23.

<sup>112</sup>Federico Gamboa nació en la ciudad de México el 22 de Diciembre de 1866. Allí reside y estudia hasta el año de 1880 cuando su padre es trasladado a Nueva York por razones laborales. Poco después regresa al país para ingresar en la Escuela de Jurisprudencia. Con el fallecimiento de su padre y debido a ciertas dificultades económicas, consigue un empleo como escribiente en un juzgado al mismo tiempo que desempeña labores como periodista. Ambas carreras, la política y la literaria, lo acompañarán el resto de su vida. Ocupa numerosos puestos en el ámbito diplomático: secretario de la Legación de México en Guatemala, primer secretario de la Embajada de México en Washington, Ministro Plenipotenciario en Centroamérica, Subsecretario de Relaciones Exteriores, encargado de negocios en E.E.U.U. y Secretario de Relaciones Exteriores en tiempos de Huerta. Presidió la Academia de la Lengua y fue catedrático de literatura y derecho internacional. Fue condecorado por su desempeño diplomático en sucesivas ocasiones sin que esto perjudicara su fructífera vocación literaria. Cultivó la novela, la narración autobiográfica y el teatro. Muere en 1939 en la misma ciudad que lo vio nacer. Bibliografía: Cuentos: *Del natural* (1889). Novelas: *Apariencias* (1892), *Suprema ley* (1896), *Metamorfosis* (1899), *Santa* (1903), *Reconquista* (1908) y *La llaga* (1912). Memorias: *Impresiones y recuerdos* (1896) y *Mi diario* (1892-1911 5vól.). Teatro: *Divertirse* (1894), *La última campaña* (1894), *La venganza de la gleba* (1904), *A buena cuenta* (1914) y *Entre hermanos* (1928).

<sup>113</sup>Gamboa, Federico. *Suprema ley*. p. 100.

<sup>1242</sup> Ibid., p. 40.

<sup>1243</sup> Santa, p. 71.

<sup>1244</sup> Mariano Azuela nace en 1873 en Lagos de Moreno, Jalisco. Fue médico, militante político, crítico literario y distinguido escritor. En 1892 se traslada a Guadalajara donde realiza sus estudios de médico, profesión coincidente con su vocación por las letras. En 1896, aún siendo estudiante, publica bajo el seudónimo de Beñeño *Impresiones de un estudiante*, serie de relatos que giran en torno al ambiente hospitalario. En 1899 se recibe de Doctor en Medicina, Cirugía y Obstetricia. En 1900 se casa con Carmen Rivera. En 1903 recibe en Lagos un diploma por su narración *De mi tierra*. Posteriormente se interesa por la vida política de su país tras lo cual, en 1911, se incorpora a las tropas revolucionarias. Desempeña por un corto período el cargo de Jefe Político de Lagos al triunfar Madero. Después de la muerte de este último se une en Irapuato a las fuerzas del general Julián Medina, nombrado Comandante General y Gobernador provisional por Francisco Villa. Medina designa a Azuela como Jefe del Servicio Médico con el grado de Teniente Coronel y posteriormente Director de Instrucción Pública de Jalisco. En 1915 Villa es derrotado y Azuela se ve en la necesidad de exiliarse en El Paso, Texas. En 1916 regresa a la ciudad de México donde abandona la política para dedicarse de lleno a la profesión médica y a la literatura. En 1942 ingresa en el Seminario de Cultura Mexicana. En 1943 se le nombra socio fundador del El Colegio Nacional, donde dicta posteriormente una serie de conferencias sobre la novela mexicana publicadas bajo el título de *Cien años de novela mexicana*. En 1949 recibe el Premio Nacional de Artes y Ciencias. Muere el 1 de Marzo de 1952, y es sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres en la ciudad de México. Obras. Biografías: *Pedro Moreno, el insurgente* (1933- 1934), *Precursores* (1935), *Madero* (biografía novelada sf). Ensayos: *Cien años de novela mexicana* (1947). Novelas: *María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909), *Anubés Pérez, maderista* (1911), *Sin amor* (1912), *Los de abajo* (1915), *Los caciques* (1917), *Las moscas* (1918), *Domitilo quiere ser diputado* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1919), *La malhora* (1923), *El desquite* (1925), *La luciérnaga* (1932), *El camarada Pantoja* (1937), *San Gabriel de Yaldivius* (1938), *Regina Landa* (1939), *Avarzada* (1940), *Nueva burguesía* (1941), *La marchanta* (1944), *La mujer domada* (1946), *Sendas perdidas* (1949), *La maldición* (ed. póstuma 1955), *Esa sangre* (ed. póstuma 1956). Relatos: *Impresiones de un estudiante* (1896), *De cómo al fin lloró Juan Pablo* (1918), *El jurado* (1945).

<sup>1245</sup> Azuela, Mariano. *Obras completas*. p. 1050.

<sup>1246</sup> Ibid., p. 122.

<sup>1247</sup> Ibid., p. 180.

<sup>1248</sup> Ibid., p. 60.

<sup>1249</sup> Ibid., p. 193.

<sup>1250</sup> Ibid., p. 1026.

## **CAPÍTULO 3**

### **LO QUE INQUIETA LA CONCIENCIA COMPARACIÓN AXIOLÓGICA ENTRE LOS AUTORES ABORDADOS**

## **PARÁMETROS Y COORDENADAS VALORATIVAS.**

Si partimos de las siguientes premisas: definición del valor como cualidad estructural con fuerte raigambre en el contexto, pertenencia del grupo de escritores estudiados a un mismo período histórico, cobijo de todos ellos bajo semejante ideal literario realista de objetividad y de crítica a los males sociales circundantes, considero que se puede intentar establecer ciertas pautas repetidas a lo largo de las obras, tal que permitan trazar un mapa axiológico de la sociedad mexicana contemporánea a los novelistas.

Las novelas permiten distinguir fácilmente, la constante preocupación moral que atizaba la conciencia de los escritores. Desde diferentes perspectivas sociales, con mayor o menor grado de objetividad e integridad, Rabasa, Delgado, López Portillo y Rojas, Gamboa y Azuela describen los valores, positivos y negativos, que se viven y persiguen. El análisis de estas diferencias permitirá trazar coordenadas que describen los distintos conceptos de moral que, como veremos, algunos manipulaban y otros anhelaban. Cabe resaltar que algunos de estos valores se desdoblan en ámbito privado y ámbito público. En el caso de que así sea, ambos niveles serán estudiados.

## **EL AMOR, CONCEPTO Y VARIACIONES.**

Casi todas las novelas describen en su trama una relación amorosa que, dependiendo de sus bases y objetivos, puede llevar a la plenitud y el

matrimonio, o a la destrucción de sus participantes. Existen, para la época, dos tipos de amor: uno correcto y otro incorrecto.

El primero es el amor basado en la inteligencia, en la existencia de un proyecto de vida común y acorde a las circunstancias y expectativas sociales y culturales de ambos miembros de la pareja. En esta relación el atractivo físico no es una prioridad pues lo que el hombre y la mujer deben buscar en la relación es la estabilidad emocional. Es casi una amistad íntima en donde se procura el bien mutuo. Una fórmula que, sujeta a ciertos convencionalismos como la paridad social y cultural, la pureza y el sacrificio, garantiza la felicidad.

Ejemplo de este amor lo encontramos en el sentimiento que nace en Juan Quiñones por Remedios en la serie de Rabasa: "(...) sintiendo el amor más grande y la más tierna compasión por aquella desgraciada niña, puse sobre su frente mis labios (...) Ni una sombra de impureza empañó la limpidez de mi alma honrada, y sentí en lo más íntimo el recogimiento misterioso y dulce del creyente que murmura fervorosa oración."<sup>4</sup>

Emoción próxima a la religiosa, pues escinde al espíritu de las corrupciones mundanas. Su sola visión resucita todo lo bueno que encierra el alma y todo lo santo que guarda en los recuerdos. Por esto, y pese las desavenencias que la ambición genera entre Juan Quiñones y don Mateo Cabezudo, se impone y triunfa en la unión de la joven pareja.

Rafael Delgado perfila algo semejante en dos de sus obras: *Angelina* e *Historia vulgar*. En la primera describe un juvenil amor, que en la inocencia

lleva su desaparición. Rodolfo se enamora de Angelina, una buena y humilde joven que atiende en casa de sus tías. Angelina, agradecida por este sentimiento, reconoce que entre su amado y ella no puede existir nada.

Huérfana y producto de una amor ilegal, sólo puede aspirar a devolver con responsabilidad y sumisión el cariño que un honrado cura le ha proporcionado desde niña:

(...) he comprendido que debo ser franca; que haría mal, muy mal, si fomentara en el tuyo un sentimiento que te cierra las puertas de un porvenir que no debo malograr (...) tú puedes y debes ser amado de quien sea digna de ti. La ilusión engaña; la esperanza es una sirena que nos atrae a los abismos (...) Te engañas cuando dices que a nada aspiras, que nada ambicionas. ¡No sospechas cuántos encantos y cuántas seducciones tiene la vida!<sup>8</sup>

Rodolfo la ama con ese febril amor de la juventud, tan voluble y cambiante, pero lo que ahora son superfluos convencionalismos, un día se convertirán en pesados lastres difíciles de manejar. A buen tiempo y de un honorable modo, Angelina reconoce sus limitaciones y decide romper esos dulces lazos para convertirse en una sierva de Dios.

La búsqueda del reposo, de una vida digna y libre de prosaicas ataduras, es lo que une a un hombre y a una mujer, ya no tan jóvenes en *Historia vulgar*. Amor reflexivo que surge de la mutua atracción, pero que no se pierde en la pasión: "Usted mismo me concederá la razón ... necesito cerciorarme de ese cariño ... un año ..." un pensamiento reflexivo la contuvo.<sup>9</sup> Amor que ilumina y que eleva moralmente a sus participantes: Leonor rectifica su ácida conducta crítica e inclusive asume y acepta caritativamente los pasados errores de su prometido, sin preocuparse por el

qué dirán.

Delgado propone un cariffo redentor como el de Margarita y Alfonso de *Los parientes ricos*, que aleja al hombre de perversas filosofías y lo acerca a Dios. Pero este sentimiento no es superior al honor, decoro y honra pues cuando Margarita descubre la crueldad cometida por Juan hacia su hermana, decide dar fin a su relación con Alfonso para salvaguardar la dignidad de su familia.

En *La parcela* de López Portillo y Rojas no se aborda con particular detenimiento el tema del amor, pero si se hace una escueta descripción muy ad-hoc a los convencionalismos indicados para el ritual del cortejo:

Olvidó la cartilla amorosa que manda a las mujeres manifestarse incrédulas, primeramente, de la pasión que se le declara, en seguida, pedir un plazo para contestar el interrogatorio sentimental; y luego sujetar a pruebas de agua, sol y sereno, verdaderas ordalias, al galán, antes de responderle.<sup>14</sup>

Mariano Azuela es otro de los que bosqueja un concepto ideal del amor, coincidente. Con mayor énfasis en la descripción de su cara negativa, lo correcto surge sutilmente y entre líneas: amor como faro resplandeciente que guía, aún cuando los demás ideales se hayan extinguido (ejemplificado en el licenciado Reséndez de *Los fracasados*), reflexivo, dispuesto al compromiso y al sacrificio en aras de la mutua felicidad, como el de Julia Ponce y su primo en *Sin amor*.

La contraparte del sentimiento, hasta ahora analizado, es el amor pasional intimamente ligado a la sexualidad. Pulsión incontrolable que hace perder el raciocinio, que empuja tanto al hombre como a la mujer a la

destrucción. Este sentimiento lejano al matrimonio y a las convenciones sociales, es el tema de muchas de las novelas del período. Generalmente la mujer, por lo débil de su inserción social, es la que cae y paga gravemente las consecuencias de los errores cometidos.

El primero en mencionar este amor, que corrompe y desgracia, es Emilio Rabasa. Frenesí que se impone sobre todos los escrúpulos, deseo que rinde cualquier resistencia, es el que provoca Jacinta en Juan Quiñones. Espíritu débil que cree haber perdido lo único que lo mantiene asido a la vida y a su pasado, cae presa de la sed de placeres intensos que Jacinta le ofrece.

Libre de todo escrúpulo y de toda consideración, se deja arrastrar por una mujer caprichosa, ya no tan joven, que sabe manipular a su padre y a su amante. Pero Jacinta, pese a su obstinación, no logra sobreponerse al amor puro. Juan olvida sus compromisos y la deja cuando ya es muy tarde para volver atrás. Soía e irónicamente aún virgen, es empujada hacia el único destino posible para una mujer impetuosa: la prostitución.

Pero la historia de Remedios no deja de ser más que una anécdota en la serie de Rabasa, la pasión y la sexualidad como tema principal surge con Federico Gamboa en *Suprema ley*. En esta historia el condenado es un hombre, Julio Ortegala. Víctima de la suprema ley que es el amor voluptuoso: "(...) como los venenos traicioneros, que nada nos hacen en el primer instante, sino después, cuando ya se acomodaron en las entrañas, y nos torturan, nos despedazan, nos matan sin que pueda nadie aliviarnos."

Desconoce todos los preceptos morales bajo los que se ha educado y vivido por años.

La libertad que la irresponsabilidad le otorga es miel que rápidamente se torna en hiel, y Julio pierde mucho más de lo que obtiene: el amor de sus hijos, de su familia; el honor de hombre al arrastrarse y suplicar por Clotilde; el valor al dejarse corroer por los celos; el provecho al abandonar su empleo y, finalmente, la vida.

*Santa*, a su vez, es la continua descripción de pasiones y pulsiones que muy poco tiene que ver con el amor. De una sexualidad desbordante y reiterada, los sentimientos amorosos surgen pocas veces pues *Santa* no puede ocultar su debilidad moral: "(...) a las claras se prueba que la chica no era nacida para lo honrado y derecho, a menos que alguien la hubiese encaminado por ahí, acompañándola y levantándola, en caso de que flaqueara."<sup>44</sup> Y el amor debe ser único, caritativo, entero y humilde como el que Hipólito le ofrecía.

Delgado aborda esta inclinación producto de la impetuosidad en la figura de Elena de *Los parientes ricos*. "Privada de la luz, todo lo lleva dentro, tiene el mundo en el alma (...) sentimiento, sensibilidad y pasiones se habrán avivado en ella (...) mujeres así están expuestas a muy graves peligros."<sup>45</sup> Esto ocurre en franco enfrentamiento con la imagen de Margarita. La primera cede a los sentimientos y hunde a su familia en la desgracia, la segunda sacrifica estos mismos sentimientos, elevándose sobre los lastres mundanos.

El doctor Azuela también hace un análisis de esto en su novela *María*

*Luisa*. Vehemente arrebatado que como inmensa mole aplasta el pensamiento, anonada las facultades, hace desaparecer toda resistencia y empuja a una María Luisa débil de voluntad y sin fuerzas para contener los impulsos de una sensualidad casi enfermiza. Amor que se ensaña en la carne, que obliga a la mujer a amar con su ser íntegro y completo cuando el hombre sólo ha saciado sus apetitos brutales: "¡Negro destino el que la había arrastrado hacia aquél ideal de realización imposible!"<sup>16</sup>

Los dos tipos de amor son estudiados por los escritores del período, uno que eleva y promueve la superación, el otro que degenera y hunde. Condiciones biológicas, así como sociales y culturales facilitan su aparición y precipitan situaciones. Los novelistas alertan sobre impulsos y pasiones desmedidas que controlan nuestro proceder, y definen el destino.

## EL MATRIMONIO

Ligado al concepto amoroso encontramos a la figura matrimonial. Ésta es defendida como baluarte de la sociedad moderna, pues es el objetivo final descrito en toda relación amorosa correcta. El matrimonio debe surgir como consecuencia lógica de una relación basada en el cariño, en la mutua atracción, así como en la existencia de condiciones socioculturales semejantes.

La ambición reflejada en la unión de Ana María con Ramón Torralba en *Sin amor*, sólo puede acarrear fastidio y frustración: "El matrimonio es la ilusión más mentirosa (...) es un engaño solapado y cobarde. Espejismo

funesto que las mujeres nunca confiesan porque lo comprenden cuando ya no tiene remedio y porque les falta valor para ello.<sup>68</sup>

El matrimonio y luego los hijos, imponen una carga de obligaciones y responsabilidades que sólo los amores bien sentidos pueden sortear y convertir en respeto y estimación. Un matrimonio como el de Julio Ortega y Carmen en *Suprema ley*, insípido desde un principio, guiado por la exclusiva necesidad de formar un hogar y escapar, aunque sea transitoriamente a la soledad, sólo puede conducir al fracaso.

Gamboa hace un detenido análisis de estas vidas frustradas: "(...) cruel ironía de los años que nada respetan, (...) ahógase el matrimonio con la yedra del hastío y las enredaderas de la costumbre"; describe con crudeza los detalles: "(...) las pequeñas repugnancias y los involuntarios alejamientos de dos cuerpos que han vivido en íntimo contacto y ya no tienen sorpresas para cambiarse, ni sensaciones que ofrecerse (...)"<sup>69</sup> En general se puede afirmar que todos ellos se adhieren a la teoría claramente enunciada en *Suprema ley*, de que el amor se escapa y se esfuma ahuyentado por el tedio y la rutina. Lo que permanece son los proyectos y los recuerdos comunes que pueden engendrar una sincera y profunda amistad.

## LA MUJER

La conducta de la mujer es estudiada, de forma reiterada, por los novelistas. De un modo sesgado, casi siempre con falta de profundidad psicológica, se disecciona al tipo femenino y es en donde generalmente se

refuerza el objetivo educativo del texto. La rigidez de los lineamientos bajo los cuáles las mujeres deben moverse nos hace sentir las artificialmente buenas o malas, honradas o corruptas, inteligentes o viscerales. En muy pocos casos logran escapar a estos atavismos, aunque sí es evidente la preocupación real por la conducta femenina y, en algunos casos, por su condición social marginal.

Como ocurrió con anterioridad, también aquí se desdobra el concepto en dos planos opuestos. El primero representado por un ideal superior motivador y estimulante; el segundo por la degradante amalgama de la estupidez, la ambición y la difamación.

Angelina, la obediente y agradecida muchacha que sacrifica su amor en aras del engrandecimiento de su amado, es un ejemplo de lo primero. Cuando Rodolfo se pierde en los juveniles efluvios románticos de desazón y descreimiento, ella está allí para levantarlo y ayudarlo: "(...) se disiparon las tinieblas de mi vida; se ilumina mi alma (...) y anhelé ser bueno porque tú eras buena; quise tener resignación como tú (...)"<sup>44</sup>

Pero luego sabe reconocer las limitantes que una relación basada en la desigualdad social trae y generosamente decide hacerse a un lado. Esta misma actitud de mujer redentora la observamos en Margarita de *Los parientes ricos*: "(...) del maleado por cien filosofías perversas y ponzoñosas, has hecho un hombre religioso; (...) del pesimista incipiente, hiciste un satisfecho de la existencia (...) "<sup>45</sup>; y en Leonor de *Historia vulgar* al encauzar las desperdiciadas energías del joven José Luis en aras de un futuro recto y

próspero.

Junto a estas virtudes, también encontramos en Margarita la de la dignidad. Para Delgado este valor es inclusive superior al amor o a cualquier otro. La joven, ante la desgracia que supone una mancha en la honra familiar, prefiere renunciar a su beneficio personal para poder conservar así la dignidad y la superioridad moral.

Estas mujeres que rescatan lo mejor del hombre son también caracterizadas por Rabasa en las figuras de Remedios: "(...) no dejes de quererla Juanito (...) Y si la olvidas, si no piensas en ella ...¡te vas a volver malo!"<sup>28</sup>; Felicia: "(...) si no lograba disipar mis hondas penas, las endulzaba a lo menos con sus palabras llenas siempre de consolador cariño, de sencillez y de dulzura"<sup>29</sup>, y de la madre de Juan Quiñones: "Y como si al conjuro de aquel nombre todos mis pensamientos puros (...) todos los sentimientos, (...) todos los reproches de mi conciencia despertaron juntos para agobiarme y herirme (...)"<sup>30</sup> El autor define muy claramente el papel de la mujer en la sociedad a través de las palabras de Miguel Labarca en *La gran ciencia*. Este afirma que el hogar, en donde nos espera una mujer cariñosa y tierna, es la mejor recompensa a la honradez y al trabajo.

Mujeres pasivas y sumisas, que padecen en silencio y estoicamente la inconsciencia de sus padres o esposos, son también rasgos rescatados. Remedios debe soportar los vanos intentos de su tío por separarla de Juan Quiñones y de sus orígenes. José López Portillo y Rojas pinta una situación semejante en *La parcela*. Paz y Ramona, esposa e hija de don Miguel, son

dos hacendosas y decentes mujeres incapaces de contener la furia del ranchero. Atentas observadoras de las injusticias cometidas por el señor de la casa, sólo encuentran alivio en la religión, pues sus opiniones no son escuchadas ni tomadas en cuenta: "Me quiere pero no le gusta que le contradiga, y tiene la idea de que he de hacer lo que me mande, sin chistar, sea lo que fuere."<sup>24</sup>

Carmen de *Suprema ley* es ejemplo de esta mujer cristiana que nos recompensa y premia de las crueles inconsecuencias de este mundo. Buena, santa y amante sufrida son los constantes elogios que se le propinan. Soporta con paciencia los engaños de Julio, hasta que el dolor de esposa engañada es superado por el de los hijos olvidados. Cuando Julio rompe toda amarra moral con sus vástagos, Carmen sale en su rescate acopiando las fuerzas para abandonarlo, que hasta el momento le habían faltado. La misión de hembra fecunda, de madre abnegada, fue superior a su papel de esposa sumisa.

En contraparte a esta visión maniquea de la mujer encontramos a Mariano Azuela. Sus personajes femeninos son mucho más profundos psicológicamente que la equilibrada postura del mal por un lado y el bien por el otro. Virtuosas de principio a fin, consecuentes con una postura ideológica sólo algunas. Consuelo, la hija bastarda de un sacerdote y una actriz, titulada profesora en una escuela laica de la ciudad de México; Julia Ponce, genuina aristocracia que esplende por sus valores morales y no sus bienes económicos y, por último, la enérgica y valiente Mariana, única mujer que ha

sabido enfrentarse al temido Julián Andrade y hacerse respetar por los hombres.

Sus restantes personajes femeninos, si bien pueden caer en el casillero "de lo que no debe ser o hacer una mujer", son una compleja pero realista mezcla de buenas intenciones en malos contextos culturales. Con excepción de la burda y grotesca doña Recadera, la hipócrita Escolástica y la despiadada tía de María Luisa, los errores de las protagonistas son producto de la educación, medio y tradición.

María Luisa cede a la tentación empujada por un sino biológico hereditario, por el temor a quedarse a vestir santos y por repetir lo que su madre inició: "¿Por qué le habría de estar vedado a ella el placer del amor si sus amigas y compañeras del taller, sus parientes, y su misma madre se lo habían apurado (...)"<sup>77</sup>

Marcela de *Mala yerba* ni siquiera tiene la opción de escoger, pues violentamente descubre la lujuria que su voluptuosa belleza despierta en su amo. El que posteriormente haga de esto su única arma de defensa y bienestar, es un paso lógico en la carrera por la supervivencia. La última de estas confundidas mujeres es Ana María Torralba, quien cae víctima de la ambición por un camino infructuosamente andado con anterioridad por su madre. Ella sólo perfecciona la calculada y manipuladora técnica que su madre le ha enseñado.

En Delgado los malos ejemplos femeninos están dados por aquellas, como La Calandria y Conchita, que la ambición pierde. Ambas, además,

cargan una marca biológica: Carmen es hija ilegítima de una costurera y un rico hombre de la alta sociedad, Conchita de un padre al que nunca conoció. Pero lo que más les pesa es su voluntad por prosperar económicamente aun a costas de su honradez y dignidad.

Gamboa achaca la amoral conducta de Clotilde y Santa a cierta característica innata de perspicacia amorosa. La mujer voluptuosa presiente las pasiones que se arremolinan a su alrededor y saca provecho de esto a falta de otras virtudes que le han sido negadas. En realidad y salvo el espíritu de sacrificio y de abnegación maternal, el autor no enuncia alguna otra virtud característicamente femenina.

Estas mujeres pecadoras son víctimas de sus propios instintos, de su indolencia y fatalismo así como de un entorno que las empuja morbosamente aún más abajo. Un medio que se regocija en la calda ajena y oculta sus propias debilidades: "(...) por mucho que volvía el rostro dispuesta a pedir auxilio (...) sólo contemplaba entrambas orillas de su vivir gente que se encogía de hombros o que se esforzaba porque de una vez se ahogara y con ello desaparecer la tentación (...)"<sup>xviii</sup>

La antítesis al ideal femenino de Rabasa es Jacinta, una joven llena de la fiebre de la vida y de las pasiones violentas que incitan a la satisfacción y al placer por sobre cualquier otro sentimiento. Groseramente libertina y desenvuelta, de aire altanero y brutal, sólo podía imponer su presencia sobre la base de un seductor temor. Los celos, la agresividad y la pasión dominan y controlan los designios de esta mujer sin barreras ni contenciones morales.

Es allí, en este libre fluir de sensaciones, en donde radica su mayor atractivo para el hombre despechado, pero también en donde carga el germen de una anunciada autodestrucción.

La mujer, lo correcto y lo incorrecto, son tema recurrente en la literatura del período, pero con un obsesivo afán por establecer normas, indicar conductas y marcar pautas en el ya de por sí limitado campo social femenino. Salvo la alusión de Gamboa al maltrato físico ejercido por el hombre hacia la esposa en *Suprema ley*<sup>28</sup>, y la descripción del nulo papel representado por las mujeres en la caciquil familia de los Andrade en Azuela<sup>29</sup>, toda la demás problemática femenina se restringe a la moralización directa mediante el ejemplo trágico y terminante: mal procedes, mal acabas.

## LA PATERNIDAD

Si bien este concepto no es abordado con particular profundidad, lo cierto es que suele surgir recurrentemente como valor rector, probablemente a causa de la gran cantidad de hijos fuera del núcleo familiar que se concebían. Este problema es visto desde una doble perspectiva: la de la mujer al instarla a no entregarse al hombre hasta después del matrimonio; y la del hombre al apremiarlo a asumir la responsabilidad del acto cometido.

El caso femenino ha sido previamente analizado y ejemplificado en las figuras de: La Calandria, hija ilegítima de un rico pueblerino y una pobre mujer dedicada a sacar adelante a una niña que no pudo eludir su sino maldito; Angelina a quién el destino le arrebató la oportunidad de crecer en

una familia constituida, por lo cual debió renunciar a un dichoso matrimonio en aras de conservar su dignidad; Concha de *Los parientes ricos*, criada con esfuerzos y limitaciones ante la falta de un padre, y que no pudo controlar su ambición; y María Luisa hija de la casualidad, de cuando los soldados regresaban de las eternas revoluciones con sed de vida y de pasión. Cabe señalar aquí que estas hijas sin padre repiten un patrón considerado biológico para la época, pero que ellas y otras como Santa, Clotilde y Jacinta no heredan pues a todas les es negado, por los autores, el don de la maternidad.

En el caso masculino se pretendió moralizar a través del engrandecimiento del vínculo paternal. Los hijos representan un lazo hacia lo útil y bueno de la vida. Es una obligación dulcemente ejercida y a la cual los padres no deben renunciar. En *Suprema ley*, y más allá del duro castigo que Julio Ortegá merece cuando abandona su obligación filial, existe una conmovedora escena que representa este sentimiento.

Apolonio es un preso condenado a muerte por doble homicidio. Hombre violento y decepcionado, víctima de una sociedad que no le dio oportunidades y de una mujer que nunca fungió como madre, sólo logra doblegarse y reconocer sus errores ante la figura de su hijo pequeño, única ternura que posee en el mundo: "¡Mi hijo! ¡mi hijo! Gritó el hombrazo aquél: el homicida dos veces, el blasfemo, el condenado. Y como si un rayo lo abatiera (...) se echó sobre el catre de lona, llorando a mares! (...) perdono a todos, hasta a los que me matan, con tal de que Dios proteja a mi muchacho

...<sup>204</sup> Vínculo que reivindica y eleva, que nos liga a la vida aún más allá de la muerte pues Apolonio, en sus últimos minutos, le encarga a un sacerdote el futuro de su hijo de tal modo que se pueda evitar la reincidencia en un esquema.

Este lazo posee una doble conexión como claramente lo indica López Portillo y Rojas: "(...) amores descendentes de los padres a los hijos, como la luz y ascendentes de los hijos a los padres, como el incienso (...)"<sup>205</sup> tal que lo convierte en uno de los sentimientos más puros y hermosos de la vida. En *La parcela* ambos cariños, pero en especial el debido a los padres, son analizados.

Respeto, solicitud y temura son apelativos típicos al cariño filial esgrimidos por el novelista y secundados por otros como Emilio Rabasa, pues en este caso la madre representa para Juan Quiñones la mitad de su existencia, la guía en su conducta, el consuelo, el aliento y la fe. Don Mateo Cabezudo, y pese a su desmedido afán por el poder, recibe el máximo apelativo al cariño y desinterés paternal: "Y aquella fiera era una madre, ya que no puedo decir más."<sup>206</sup>

La obediencia es otra característica importante en la relación de los hijos a los padres, la obediencia basada en el agradecimiento y en el respeto. Cuando la Calandria le falta el respeto a doña Pancha que la ha acogido como una hija en su hogar, y se niega a obedecer, sólo le queda un único camino, abandonar el lugar. Lo mismo ocurre con Santa al descubrirse su pecado. La madre continuará amándola hasta el último día de su vida,

pero ya no puede consentir que siga en la casa, manchando y apestando cuanto la rodea.

Igual destino obtienen María Luisa, aunque sea precipitado por culpa de chismes y habladurías, y Jacinta que engaña con falsos llantos y conmociones a su devotísimo padre. Esta obediencia, si bien se basa en la conciencia que poseen los hijos de que los padres quieren lo mejor para ellos, no deja de ser a veces injusta o arbitraria. Independientemente de esto, los buenos hijos responden sumisa y estoicamente a las órdenes de sus padres.

La paternidad es un lazo afectuoso primordial en la vida humana. Su ejercicio con respeto y cariño garantiza la salud de la sociedad. Esto es lo que buscan los autores al señalar y prevenir sobre los males que su desatención conlleva: repetición de un patrón disolutorio, falta de sentimientos elevados y de normas morales mínimas para regir la vida en sociedad.

## **LA AMBICIÓN**

La ambición es de los males que con mayor fuerza corroe a la sociedad mexicana contemporánea al régimen porfirista. Origen de muchos otros vicios, la ambición afecta tanto en lo personal e individual como en lo colectivo y social. Esto significa que podemos dividir su ámbito de influencia en lo privado y lo público.

## **Ámbito privado**

La serie de Rabasa está cimentada y gira alrededor del vicio de la ambición en su ejercicio cotidiano. Las cuatro novelas desdoblan la corrupción que el ejercicio de ésta, generan en el entorno social a toda escala. El origen del levantamiento civil en *La bola* se encuentra en el enfrentamiento de dos personalidades, el comandante Cabezudo y el jefe político Coderas, dispuestas a no ceder su coto de poder.

Cabezudo ambiciona la pleitesía y adulación que una posición política privilegiada conlleva, a par de la económica. Dispuesto a no ceder, arrastra a todo un pueblo a un enfrentamiento estéril y destructivo. Aquellos bien posicionados sólo ven en la bola una oportunidad para continuar medrando por privilegios, en cambio los humildes de siempre, los hombres trabajadores y honrados deben entregar lo poco que poseen en aras de: "(...) la venganza ruin, (...) una ambición mezquina, (...) el ansia de figurar, o de sobreponerse al enemigo."<sup>xxxv</sup> ejercidas por los caciques en turno.

Esta ambición desmedida por el poder empuja a don Mateo más allá de su pueblo, y hacia ciudades más grandes y con mayor capacidad de influencia. Su objetivo es una diputación; el medio, el dinero obtenido por tenebrosos conductos en su participación política previa. Este dinero atrae la ambición de otros tantos que se unen a su campaña, tan sólo por enriquecerse, como Albar, el director del periódico, y Bueso, el comerciante de favores, puestos y desgracias, auténtico Rasputín de la novela.

Servilismo, adulación y falsos afeites a cuenta del mejor postor.

Encumbramiento infundado y rápido que a cualquier mediocre eleva como a don Sixto Liborio Vaqueril y a su burda esposa la gobernadora: "¡Extraordinaria virtud la del encumbramiento inesperado! (...) hubo de sentirla en su organismo puesto que dulcificó su carácter en cuanto este fenómeno era posible."<sup>205</sup>

Juan Quiñones ve alejarse velozmente a Remedios entre sedas suntuosas, joyas caras y elegantes carruajes. Para alcanzarla debe trepar a la notoriedad que una primera plana de sensacionalista periódico puede concederle, pues: "En fin, la fama es buena aunque sólo sea untada en la superficie."<sup>206</sup> Ambición de renombre y prestigio, de popularidad, es lo que mueve a Juan, aunque esto le haga olvidar su origen y camino.

La ambición de ambos personajes los lleva a un mundo desconocido en el cual cometen numerosos desaciertos. Sólo les permite cosechar envidias, mentiras y farsa para descubrir que se han convertido en una moneda falsa.

Para Delgado la ambición de dinero o de una mejor posición social, sólo genera desgracias. La dignidad es el valor máspreciado del ser humano y aquél que la entrega, a cambio de superfluas riquezas, se condena. Carmen, la Calandria, deslumbrada por los erróneos consejos que su protectora le da: "(...) hay que salir de la esfera en que nacimos, los tiempos ya son otros, la ilustración pide, vamos, manda que procuremos subir ... subir hija, subir sea como fuere!"<sup>207</sup> y por una inclinación al lujo heredada de su madre, extravía el rumbo al olvidar su humilde procedencia.

Ambiciona ser y acceder a lo que su rica medio hermana posee. Reniega de su auténtica imagen al rechazar el amor de un joven de su clase, por el de un elegante calavera que va tras el entretenimiento y la diversión. Prontamente Carmen comprende su error al verse abandonada, despreciada y presa de las más ofensivas propuestas. Antes de caer y hundirse en el fango de la prostitución, decide valientemente morir.

Este afán desmedido por los bienes materiales, genera otra serie de vicios: vanidad, soberbia, astucia dolosa, intrigante ruindad, ponzoñosa maledicencia y envidia, la eterna codicia por el bien ajeno que todo lo afea. Esta codicia, que no se calma aún cuando ya casi todo se posee, es lo que empuja a don Juan de *Los parientes ricos* a despojar a la humilde familia de su difunto hermano de lo poco que tiene.

La herencia que su hermana les ha legado en dinero, telas y hasta unas antiguas piezas de elegante vajilla, son usurpadas con avidez por el cuñado. Este insaciable afán lo lleva a lucrar inclusive con la muerte y con cualquier otro sentimiento de valla: el funeral de su hermana se oculta ante un festejo previamente organizado, posteriormente esto mismo se transforma en todo un acontecimiento social lejano al luto y al dolor.

Espíritus viciosos como el de don Juan sólo atraen gente de igual calaña: hijos degenerados, políticos corruptos en expectativa de algún beneficio y curas explotadores de la piedad de los ricos. La alta sociedad de las grandes ciudades, no es más que una feria de vanidad y miserias deslumbrantes. Los auténticos valores recaen en las gentes honradas y

laboriosas, dispuestas al sacrificio (como Margarita, Pablo e inclusive Filomena la criada) en aras del bienestar ajeno.

La ambición, el egoísmo y la mezquindad, son para Azuela el azote de la humanidad de todos los tiempos. Ambición por riquezas, por mantener un statu-quo, es la que empuja a los caciquillos de Álamos a orquestar una infundada ofensiva contra el idealista licenciado Reséndez en *Los fracasados*. El servilismo, la envidia, los odios y las intrigas son la moneda corriente de una sociedad hipócrita, inflada y acomodaticia. Auténtica comedia de honradez donde los ideales se modifican tan rápido la fortuna cambia de dirección. La voluntad y la energía son los lazos comunicantes que mantienen unidos a estos personajes, en su avaricia loca y en su deseo de atesorar.

Lidia y Ana María ambicionan escalar socialmente a como dé lugar. Para esto Lidia malgasta su fortuna buscando mantener una aparente posición económica que le permita relacionar a su hija con elegantes condiscípulas. Pero en realidad estas amistades sólo ocultan falsos linajes tras una máscara de riqueza económica. Burdos rancheros, soberbios y majaderos, pero atiborrados de dinero como Ramón Torralba, que compran amistades y respeto. Ana María cede su dignidad a cambio de pertenecer a la burguesía bruta, la burguesía del capital. La ambición por tener más, la lleva a hipotecar su futuro y felicidad dentro de una sociedad inculta, mediocre e hipócrita.

La codicia por el bienestar económico del prójimo, aunada a la falta de

reflexión, buen criterio y educación es lo que genera el conflicto planteado por López Portillo y Rojas en *La parcela*. Don Miguel envidia la posición de don Pedro, ganada a fuerza de honroso trabajo y justo talento. Este supo aprovechar la tecnología, haciendo crecer su fortuna en varios pesos que don Miguel, víctima de sus limitaciones, comenzó a desear. Herido por la envidia, fue presa fácil de ambiciosos leguleyos que vieron en su debilidad, una forma de lucrar y obtener ganancias independientemente de a quién le asistiera la justicia y la razón.

Esta pasión llevó el enfrentamiento a linderos sangrientos y destructivos, aunque para el autor salvables aún. La muerte inútil y despiadada de un fiel caporal no deja de saborearse como un mal trago inevitable en las caciquiles aventuras de los omnipotentes, pero al final misericordiosos entre sí, rancheros. La ambición por un ventajoso matrimonio es lo que también casi empuja a la ruina a la ligera y vanidosa Chole, aunque oportunamente recapacite en un final adecuado en que ninguna de las formas sociales y morales correctas, se ven agredidas.

### **Ámbito público**

La más desenfrenada ambición económica es lo que mueve en casi todas las novelas del período, la maquinaria burocrática y administrativa. Los puestos de poder político se convierten en auténticos cheques en blanco a beneficio del portador y de todos aquellos decididos a corromperse por varios pesos. Sutil y veladamente, tanto como la censura pudo haberlo permitido, la

corrupción política y los malabares de una prostituida justicia, son descritos por algunos de los autores.

Otra vez aquí, la serie de Rabasa analiza detenidamente los escasos escrúpulos morales de diferentes esferas sociales trascendentales en la vida mexicana. En *La bola*, lo limitado del ámbito no impide observar los beneficios que un buen puesto político deja: "durante su administración hizo tales y tan rigurosas economías, que al salir del empleo tenía comprada una regular finca de campo a diez leguas de la cabecera, y a ella se retiró para gozar tranquilamente del fruto de sus afanes y privaciones."<sup>xxvi</sup> Pues, finalmente, como dice Pepe en *La gran ciencia*: la patria suele ser una mala madre pero es una excelente nodriza.

En esta novela el autor disecciona los singulares vicios de la gran ciencia que en México es gobernar o hacer política, que no es lo mismo. Inquirir noticias, averiguar chismes, propagar cuentos, contentar a los enemigos y tenerlos interesados, manifestar simpatías sin adquirir compromisos, en fin hacer lo que conviene con independencia de la ley, el orden o la moralidad, en eso se convierte el gobernar.

No resulta extraño que tras escabroso decálogo moral encontremos personajes que de tan tenebrosos resultan irónicos y ridículos como el gobernador Vaqueril, o los numerosos diputados que sólo alcanzan sobrado quórum en fiestas sociales. De entre todos, el que con mayor brillo resalta es Bueso. Auténtico ministro sin cartera, coordina y mueve los hilos de un poder paralelo al servicio de su persona y del mejor postor.

Arregla negocios en los tribunales, sin ser abogado (...) Tiene franca entrada en algunos ministerios, y lo mismo se encarga de obtener una subvención que de sacar una licencia del Gobierno del Distrito. Acude a todos los banquetes políticos, tiene entrada y es recibido como compañero en los círculos más incompatibles; habla a todo el mundo por su nombre de pila (...); se mete en todas partes, juega, bebe y trampea; todo con desparpajo, tranquilo, imperturbable, (...) es un personaje importante y como todos le temen y procuran tenerle propicio (...) figura como presidente de una sociedad de obreros que no existe, y en cada fiesta nacional recluta socios a dos reales por barba para que lleven el estandarte de la imaginaria sociedad.<sup>xxx</sup>

Es, a mi parecer, de entre todos los personajes el mejor perfilado. Nunca pierde, a lo largo de la novela, el impasible estilo que una conciencia degradada por el dinero y el poder puede poseer. Es auténtico en su inteligente maldad, pues supera atavismos como la venganza y la arrogancia, superfluos ante el objetivo supremo de la ambición absoluta y total.

La prensa, con su falsa postura de institución rectora de las necesidades del pueblo así como un público lector, ávido de violentos sensacionalismos, son descritos en *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Este ejercicio social se convierte en una transacción de intereses en donde las variables en juego se hallan íntimamente ligadas: periódicos adictos al gobierno, periódicos opositores que fundamentan su poder en la compra de silencios absolutorios mediante suscripciones; y un gobierno que reparte sueldos y papel entre tirios y troyanos de acuerdo a la puja de los sectores o grupos.

Sobrenadando este nauseabundo mar encontramos una sociedad de meretrices y prostituidos que hace escándalo de lo que ve y no de lo que hace; que se entretiene en la nota altisonante y violenta desde la pasmosa

inactividad y ausencia de compromiso: "Me deleita la gente que es así como yo. Acostado en esa cama de un día de elecciones, escribí un artículo que escurría sangre, contra la pereza y apatía del pueblo que no tiene virilidad."<sup>xxx</sup>

En *Los fracasados* de Azuela, la ambición de los caciques permite observar el movimiento de toda una maquinaria gubernamental puesta al servicio del dinero. La burocracia es la "(...) gusanera abyecta que se arrastra de las raíces a los retoños más tiernos de erario (...)"<sup>xxx</sup>, colección de especímenes cortos de aspiraciones elevadas, pero con una ambición desmedida por el mendrugo fácil que el servicio público ofrece. Servilismo, intriga innoble y adulaciones rastreras son las constantes monedas con que estos burdos personajes pagan a los patrones de turno.

### **CORRUPCIÓN DE LA JUSTICIA**

El ejercicio desmedido de la codicia en el ámbito público genera otro mal social recurrente: la corrupción de la justicia. Casi todo juez tiene un precio, de tal modo que la ley se cumple en franca proporción con lo abultado del bolsillo. Azuela habla de compras de indultos, en contraposición a desventurados artesanos obligados a dar su trabajo en obras públicas, sin retribución alguna.

Justicia inexistente frente a los omnipotentes caciques rurales, donde ley es lo que ellos mandan. Finalmente, qué se puede esperar de un sistema irónica y certeramente descrito:

-En México se acabaron las revoluciones -gritó Tito Torralba- no las hay porque no puede haberlas.  
-¿Por qué?

- Porque no hay bandidos y para las revoluciones son indispensables los bandidos.
  - ¿Qué dice ese crudo?
  - Que don Porfirio los tiene colocados a todos.
- El concurso se animó en estrepitosa carcajada.<sup>xviii</sup>

En Gamboa observamos alusión similar a la anterior. Ortegá compra con veinticinco pesos la rápida libertad de Clotilde al manipular la elección de los integrantes del jurado; en *Santa* los arbitrarios ejercicios legales son escuetamente enumerados: despojos que las leyes amparan, códigos que se cumplen con dinero, hurtos legales.

Rabasa utiliza una clara comparación: entre los buenos principios y la política hay la misma distancia que entre la justicia y un expedientazo de dos mil hojas de papel sellado. Sistema al servicio del mejor postor, lejano a cualquier principio moral superior. Para Delgado "(...) el Derecho es la ciencia de conciliar los errores políticos, legislativos y económicos de los gobiernos con el mezquino interés de los particulares."<sup>xix</sup> Justicia alejada de las necesidades de los ciudadanos honrados y pobres que no pueden comprar sus favores.

El único que no se adhiere a este concepto tan negativo de la justicia es José López Portillo y Rojas. En su novela ésta triunfa, aunque haya tenido que recorrer tortuosos caminos producto de la ambición individual y particular de ciertos degenerados personajes, como los licenciados Jaramillo y Camposorio, pero que no llegan a corromper el todo.

Como se puede observar, la ambición es un vicio recurrente y sumamente dañino en la sociedad del período, pues todos los autores hacen

alusión a ella. Algunos la analizan con verdadera preocupación: en ella observan las graves implicaciones de un sistema que la entroniza como valor superior. Otros no logran superar en su estudio el ámbito local y privado, probablemente por su propia inserción en el medio político.

## LA EDUCACIÓN

La educación es, junto con el trabajo, la única forma de prosperar que los novelistas plantean, aunque cada uno lo haga con un matiz diferente. Para Azuela la cultura es el único abolengo presumible. La aristocracia del dinero sólo aporta insolencia, que oculta una gran vulgaridad, y soberbia, que esconde falta de educación.

Las distancias sociales existen pero se imponen por la distinción, la elegancia, el tacto y la corrección que la educación da independientemente de la posición económica. Esta preparación cultural, aunque ligada, no es sinónimo de preparación escolar, pues Azuela nos presenta el ejemplo de Escolástica Pérez, quien tras la fachada de académica y rigurosidad moral oculta una serie de vicios como la hipocresía y el alcoholismo.

En *Los fracasados*, si bien el autor diferencia a aquellos que se han preparado en escuelas laicas como Consuelo, e indica a la preparación y cultivo de nuestras aptitudes, como camino para superar las desigualdades sociales y las mediocres condiciones que el destino nos pudo haber impuesto, no deja de indicarnos que, a veces, el medio brutal se impone independientemente del empeño puesto: "(...) la supremacía de la

inteligencia no es la puerta de la prosperidad, que el triunfo en la vida corresponde a las medianías y aún a las nulidades, porque se llega a los más altos puestos no por el talento ni por el saber, sino por la audacia y por la intriga, por la bajeza, la desvergüenza y el cinismo (...) En su rincón solitario, el laborante de ideas es una figura bella y venerada; en el bullicio del mundo, del dinero y del poder, un pobre diablo. <sup>xxxxv</sup>

Mariano Azuela intenta advertirnos que la preparación y la educación no nos apartan del mundo cruel y despiadado, pero nos depara una intimidad mucho más bella, justa y elevada. El enriquecimiento no es el externo falso y deslumbrante, sino el interno, fecundo e iluminador. Por lo tanto es el auténtico mecanismo social que garantiza la superación de las injusticias y las arbitrariedades. Educación laica y progresista, sin atavismos religiosos ni de falsas moralidades.

Gamboa, en *Suprema ley* y ante el castigo de la pena de muerte, hace un corto análisis sobre el origen del crimen. Las desiguales condiciones sociales de un individuo a quién la hipócrita sociedad ha negado educación y moral, pero en cambio sí le ha enseñado a matar y robar en guerras civiles, son exhibidas.

El alcohol, la falta de trabajo y la caída en cárceles más cercanas a centros de delincuencia que de readaptación, son las que empujan a los individuos a delinquir. La única real exigencia, a todo padre y al gobierno, es educar a los hijos independientemente de la posición económica, pues la ciencia, la instrucción, es el único mecanismo de contención ante la

avasalladora corrupción del dinero.

Delgado no hace particular mención al tópico de la educación, pues el trabajo honrado es la principal fuente de superación. De todos modos sus personajes aúnan a las virtudes del esfuerzo, dignidad y discreción, el de la educación. Gabriel, de *La calandria*, pese a ser un humilde ebanista, es gustoso lector de novelas contemporáneas. Los hijos de Lola, en *Los parientes ricos*, han recibido estudios.

La preparación académica que agrada al escritor es la apegada a los viejos moldes, como la impartida por don Ramón en *Angelina*: aprendizaje del latín, lectura de los clásicos y uso de correctivos en casos necesarios. Le desagrada particularmente la fuerte influencia de la lengua y costumbres francesas tan en boga en la época, pero sumamente lejanas en utilidad para los mexicanos.

López Portillo y Rojas, en cambio, delimita y especifica las necesidades educativas de los hacendados mexicanos: conocimientos dirigidos al mejor aprovechamiento del campo. Reconoce que las limitaciones propias de una clase alejada de las letras y las ciencias, hace que busquen realizarse con hijos dedicados a carreras literarias. Pero esto sólo conlleva a la desgracia, porque los jóvenes no sabrán, después, asumir y ejercer la herencia paterna.

Lo útil son los rancheros ilustrados, preparados en agricultura, tenencia de libros, física y química, además de ciertos conocimientos generales como historia, inglés y francés adquiridos inclusive en viajes al

extranjero. Educación armónica que garantiza el manejo de los negocios, amén de un correcto desenvolvimiento en cualquier medio social.

De los conceptos educativos aquí analizados, pocos son vistos como mecanismo para mejorar las condiciones marginales de las clases inferiores. Azuela y Gamboa son los únicos que abordan la educación desde esta perspectiva reivindicativa. Opuesta a esta postura encontramos al autor de *La parcela*, para quien una relación armónica es aquella que se establece entre el patrón estricto, fuerte pero justo, y el sirviente fiel, obediente y agradecido. Sin contradicciones ni enfrentamientos pues cuando el amo manda, y bajo tales virtudes, el peón obedece. Visión clasista y sesgada que niega cualquier otra opción social.

## RELIGIÓN

La referencia religiosa es constante en las novelas de este lapso histórico. Con las Leyes de Reforma en ejercicio y pese al manifiesto distanciamiento que existía entre la Iglesia y el Estado, el aspecto espiritual de la sociedad no logra ser apagado. Los escritores, desde diferentes perspectivas y con diverso grado de compromiso, reflejan esta constante presencia en la vida diaria nacional. Ninguno aborda el tópico con detenido análisis, pero a partir de lo que nombran, describen y perfilan es posible obtener un somero parámetro de comparación.

El que con mayor insistencia señala la espiritualidad que inunda la vida mexicana es Rafael Delgado. Sincera y honestamente el autor nos

muestra el baluarte que representa la religión. Escenas como las de Semana Santa y las festividades a algún patrono, son ricamente descritas como acontecimientos sociales y culturales de primer orden entre los habitantes de Pluviosilla y Villaverde. Pero además, indica la importancia que aún posee la Iglesia en la escala de valores provincianos: las madres siguen ansiando y disfrutando la gloria de un hijo sacerdote, y un confesor es la mejor guía que se pueda poseer.

Desinteresados y sin otra vocación que el sacrificio en aras del bienestar ajeno, pero preparados y cultos como lo marcan los tiempos modernos, son el padre González de *La calandria*, Anticelli de *Los parientes ricos* y Herrera de *Angelina*: "(...) parecía un mozo por la frescura de sentimientos (...) Dicen que San Sebastián era antes un pueblo perdido, un pueblo de haraganes y borrachos (...) ¡Ahora es otra cosa! Ha puesto escuela, una de niños y otra de niñas. (...) Era muy ilustrado el padre Herrera, muy instruido (...) estaba al tanto de los progresos científicos y sin pedantería ni vanidad. <sup>1000</sup>

En *Los parientes ricos* los sacerdotes de la Compañía de Jesús son particularmente alabados como justos administradores del dinero que reciben; virtuosos consejeros y sabios confesores de las familias principales y distinguidas; así como cariñosos y caritativos protectores de los más humildes. En contraposición a estos nos encontramos en la misma novela al interesado y superficial padre Grossi, confesor de aristocráticas familias de la ciudad capital.

Devoto consuetudinario de comidas y tertulias que le garantizan bienestar y prosperidad, el padre Grossi es un manipulador perspicaz y elocuente de cristianos consejos más cercanos al bolsillo que a la palabra santa. La corrupción puede también ensuciar la humana institución que, pese a esto, representa un papel principal en el acontecer reflejado por Rafael Delgado.

Emilio Rabasa y José López Portillo y Rojas describen también, aunque escuetamente y sin profundidad alguna, una figura religiosa destacable en sus novelas. El primero lo hace en *La bola*, al recordar al padre Marajo, inimitable tipo de buen sacerdote. Hombre sencillo y caritativo, alejado de las cofradías y de la carrera eclesiástica, pero cercano en piedad y en ejercicio a un santo.

El cura de Citala, doctor don Anastasio Sánchez, es el personaje religioso de *La parcela*. Equivalente moral y físico a don Ruiz desde el ala eclesiástica, este individuo es respetado por todo el vecindario. El padre Sánchez cumple con sus obligaciones de forma competente, caritativa y fervorosa, aunque esto no le impide reconocer y conservar prudente y necesaria distancia con el gobierno y la política. Su función es iluminar conciencias, socorrer necesidades y adoctrinar niños dentro de la Iglesia. Su vocación lo lleva a intentar solucionar los conflictos existentes pero sin violentar las condiciones existentes.

Salvo estas dos claras referencias, ambos escritores dejan en manos de las mujeres, alguna otra alusión pía. Éstas son quienes asiduamente

recurren a la religión en busca de una solución, en cumplimiento de algún deber o en agradecimiento por lo obtenido.

En las novelas de Gamboa, la religión surge como última y única alternativa de salvación y redención. Clotilde logra vencer la demoníaca pasión que la unía a Julio, cuando se confiesa y redescubre el arsenal espiritual que su antigua fe religiosa le ha legado. Dotada de la extraordinaria fuerza que el perdón y el amor divino otorga, es capaz de desterrar de su alma y corazón al pecado.

En *Santa* el único gran triunfador es Dios, pues cuando ya nada queda, cuando se ha caído en los más bajos y nauseabundos fondos, cuando el mundo nos arroja y cierra las puertas, el eterno misericordioso con los humildes y desamparados, abre sus divinos brazos para entregar el dulce perdón. Santa, la numerosas veces corrompida y mancillada, asciende a Él a través de su inmolación.

Mariano Azuela analiza el aspecto religioso con mayor detenimiento y conciencia crítica, traspasando la corta esfera individual y casi anecdótica que los demás autores le impusieron. Para éste la religión es un tema socialmente importante y problemático. Su postura es clara y determinante, lamentablemente la religión, o su mal ejercicio, se liga con la hipocresía y la doble moral pública: "Pompas de presunción y decencia; hipócritas redomados que alaban a Dios a cada instante y a cada instante santamente se comían al prójimo."<sup>102</sup> Pero también con ciertas patologías neuróticas de ascetismo y, especialmente, con el atraso impuesto por la represión. El autor

describe en sus obras a una masa de mujeres, "las del tápalo", fanáticas, llenas de frustraciones y retorcimientos, que imponen normas, usos y costumbres de acuerdo a sus cortos y estrechos conceptos morales.

En *Los fracasados* indica como nuevos dioses del siglo a la verdad y a la justicia, y como método de salvación al trabajo. Pero estos nuevos dioses no han desplazado al anterior, por lo que se genera una extraña amalgama en donde, junto a la práctica católica consuetudinaria, se ejerce la vocación liberal sin cuestionamientos. Dependiendo de la necesidad inmediata, se puede adherir a uno u otro bando con mayor apego, pero sin claudicaciones ni compromisos sinceros: "(...) las masas poco se preocupan por investigar la verdad de los principios que profesan, (...) evolucionan como todos los organismos, arrastrando en su inconsecuencia cuanto a su progreso se opone." <sup>XXXVI</sup>

En la novela *Azuela* presenta a dos curas particularmente interesantes: Cabezudo y el padre Martínez. Ambos alejados del fastuo y lujo que sus posiciones otorgan dentro de los círculos sociales, consecuentes con sus ideales, pero disímiles entre sí. El primero es un soñador irreductible, un titán de la voluntad que pone su vida al servicio del engrandecimiento cristiano mediante la acción y violencia. Pero su obsesión le impide observar que su incendiaria tenacidad sólo es utilizada por los acomodaticios católicos, en la solución de sus egoístas intereses: doña Recadera encuentra una justificación para calumniar a Consuelo y echarla; los caciquillos del pueblo para deshacerse de un funcionario gubernamental.

El padre Martínez, mucho más cercano a las humanas necesidades, es un hombre franco, de una bondad inagotable y sumamente progresista. Por un juvenil desliz posee una hija que ha protegido y cuidado, aunque sin reconocimiento público. Culto y preparado en temas más diversos que el anterior, su pragmatismo y sinceridad sorprende: procura para su hija una educación laica en establecimientos gubernamentales de tal forma de proveerla de una profesión, y se burla abiertamente de la supuesta utilidad divina de una procesión: "¡Qué le importa a Dios ni al diablo esas manadas de idiotas gritando como locos por la calle!"<sup>XXXVI</sup>

Para Azuela, al amparo de todos los credos, se juntan dos tipos de gentes: los bribones que explotan y los imbéciles que se dejan explotar; unos movidos por la ambición y otros por la incultura. Los espíritus moralmente congruentes que en esta institución puedan surgir, se toparán con los mismos lastres sociales que impiden la superación humana en cualquier otra esfera: la imbecilidad y la mediocridad.

Como se puede observar, la religión es un tema abordado por todos los escritores. Para algunos no deja de ser una referencia cultural necesaria en la formación moral de las jóvenes generaciones. Los padres y curas, auténticos baluartes de caridad y trabajo al servicio de los más necesitados, son presencias constantes en gran parte de los trabajos analizados.

La Iglesia realizando una labor social se dibuja como una necesidad aunque con actividades limitadas. Salvo la excepción hecha por Delgado, casi todos los autores procuran una educación laica y una Iglesia alejada del

gobierno aunque no lo planteen muy claramente. La postura se desdibuja y compromete en convencionales medias tintas, el único que en su planteamiento se atreve a asumir mayor compromiso es Mariano Azuela.

## **VALORACIÓN COMPARATIVA ENTRE LA VIDA EN PROVINCIA Y EN LA CIUDAD DE MÉXICO**

### **Ámbito privado**

Delgado es quien con mayor acierto y profundidad describe la vida en provincia. Veracruzano auténtico, que nunca buscó o ambicionó salir de su sencillo ámbito, sabe mostrar con cariffo y justicia lo erróneo y lo valioso de las sociedades provincianas.

Repetido numerosas veces como una de las principales carencias, encontramos la falta de aspiraciones y de oportunidades para la juventud. Tras la fachada de la sencillez se esconden ciudades pasmadas en el tiempo, sin anhelos de crecimiento o prosperidad. Los trabajos son pocos, rutinarios y mal pagados, pues se considera una virtud el mucho trabajar por unos pocos centavos, simulando un voto franciscano de miseria voluntaria. Ciudades en petrificación, dice Delgado, en donde se ejercita libremente la mezquindad, desconfianza a lo nuevo y pobreza vergonzante.

Frente a tan oscuro porvenir la juventud sólo puede optar por la cantina y el billar para no morir de fastidio, o por emigrar a la gran ciudad, en donde generalmente acaban naufragando, envilecidos y degradados, ante

la falta de astutos atributos con que medrar. La murmuración y la maledicencia se convierten en la otra única actividad compulsiva, realizada por todos. Lenta y sorda labor de una guerra sin treguas ni victorias, azuzada por la envidia y la codicia, los chismes, los juicios, la falla ex-católica es ejercida desde una falsa moralidad superior que oculta las propias limitaciones.

Los provincianos son orgullosos de su origen pero muchas veces este orgullo está falsamente infundado. La Manchester de México, Pluviosilla, pese a su grandeza fabril y a su prosperidad creciente, no ofrece alternativas a sus jóvenes.

Los grandes señores, afincados en encumbrados puestos sociales, no dudan en medrar y confabular para evitar a todo costo posible el tener que aumentar sus aportaciones tributarias, aun en pro de obras que beneficiarían a su terruño. Simulado amor que esconde una avaricia tal que impide la labor benéfica, no sólo al autóctono, sino también al extraño, visto con desconfianza y recelo.

El otro gran crítico de la vida en provincia es Azuela. Logra identificar, certera y coincidentemente con Delgado, el origen de muchos de los males: la más despótica monotonía que impone una rutina estúpida y degradante en donde la cantina juega un papel protagónico. Las tertulias, de las hipócritas figuras de siempre autodenominadas aristocráticas, se convierten en degolladeros del prójimo. Tras la fachada de una rigurosa moralidad religiosa ocultan su mojigatería y cortedad intelectual, y se ensañan en todos aquellos

que intenten romper en algo el pasmoso y pesado equilibrio que les acomoda.

Cuando Mr. John de *Mala yerba* llega a San Francisquito, es visto con alarma y recelo pues las piadosas conciencias temen cualquier acercamiento con un advenedizo originario de un país infectado por las doctrinas de Lutero. Pero al regresar e instalarse desenfadadamente con Marcela en la mejor casa del pueblo, entonces sí ponen el grito en el cielo. Un rápido conciliábulo para poner coto a tamaña desproporción, se organiza entre los graves jefes de familia, las matronas pasadas de cincuenta, el cura, el Alcalde y todos aquellos que por enfermedad, hábito o edad vivían condenados a la continencia.

Los reprimidos sexuales y emocionales son los que peor juzgan y condenan cualquier acto pasional desenfrenado, probablemente al poner en evidencia sus propias carencias. Pero, además, estos mismos estrictos jueces del orden y la conciencia ajena, no ejercen la autocrítica con igual rigidez, como Escolástica de *Sin amor*. Tras el compulsivo y severo juicio moral a todo el entorno, oculta su frigidez, insatisfacción y alcoholismo.

En realidad, la gravedad del asunto mostrado, radica en la justicia paralela que se ejerce en las pequeñas poblaciones. En los individuos que ejercen la doble moral y se ungen como jueces de la decencia, de tal modo de poder decidir y destruir vidas ajenas, mediante el empleo de atribuciones públicas y religiosas auto asignadas. Ejercicio unilateral y sin veto, de todos los poderes sociales en manos y en beneficio de la oligarquía provinciana.

Al igual que en *Los parientes ricos*, la crema social de provincia posee también nula conciencia patriótica y reniega de cualquier obligación pública que implique un desembolso monetario. La avaricia y el egoísmo no conoce entonces, banderas comunes. Falso orgullo alimentado por un bolsillo henchido a costa, la más de las veces del erario o de la beneficencia pública.

Lo hasta aquí planteado se circunscribe dentro del ámbito de las críticas, pero la labor de análisis de los escritores no se limita a este único aspecto. El hecho de indicar los males que aquejan a estas sociedades no niega los beneficios que asimismo ofrecen: una vida sencilla pero auténtica, plena en goces naturales alejados de la impostación y la hipocresía. Delgado señala: la ciudad de México ofrece palacios, paseos, teatros, tiendas magníficas y mucho lujo, pero sólo para quienes pueden pagarlo. Junto a la fastuosidad y el dinero convive la pobreza más vergonzante, la desigualdad más descarnada como en ninguna ciudad veracruzana se ha visto. En cambio, la distracción y belleza que ofrece la provincia en sus paisajes naturales, se encuentra al alcance de todos y en todo momento. Los campos desiertos, el bosque rumoroso, el silencio y la paz consoladora generan almas humildes, sencillas pero honestas y blancas.

La superioridad moral de los provincianos frente a los de la gran capital es ejemplificada en Delgado, así como en José López Portillo y Rojas, y en Rabasa. El padre Anticelli de *Los parientes ricos*, el licenciado Enrique Camosorio de *La parcela* y los sucesivos personajes de Rabasa que a mayor tamaño de ciudad, mayor grado de corrupción, son ejemplo de esto.

En provincia existen individuos corruptos y falsos, pero frente a la degradación de la ciudad de México, todos quedan opacados. Cortos de mañas y de la malicia que el sencillo origen les negó, generalmente pierden la carrera ante los astutos y tramposos adversarios salidos del pantano centralista. Las triquiñuelas manipuladoras y ambiciosas de don Mateo Cabezudo, son juegos infantiles frente a lo ocurrido en las grandes ciudades. La falta de perspicaz experiencia solo puede llevar a nuestro corto amigo a una vergonzosa derrota.

Los autores son coincidentes en cuanto a las cualidades que distinguen la vida en provincia. Rabasa evoca con añoranza, al igual que Delgado, su rincón ignorado, con bosques, arroyos y flores silvestres; su pueblo de costumbres sobrias y rudas, tímido, ignorante y humilde, pero lejano a las pasiones violentas.

El doctor Azuela es el único que indica una sutil diferencia entre el aspecto humano y de contexto en provincia. Los hombres, con sus vicios y virtudes, son los mismos independientemente del lugar de origen. Las pasiones arrastran y corrompen en diferente magnitud, pero con igual fuerza. Pero lo que la ciudad nunca podrá ofrecer es la sencillez, humildad y tranquilidad que su tumultuosa y fársica vorágine le niega. Cielos diáfanos, fragantes frondas y caseríos risueños llenos de sol son sus mejores atributos junto a sus gentes ingenuas y cariñosas, llenas de bondad, donde se tutea, ríe y juega en un goce de cordialidad sencilla y pura.

## **Ámbito público**

El caciquismo es el gran lastre que azota al medio rural y provincial en el período que se aborda, y el que con mayor veracidad y crudeza lo describe es Azuela. En casi todas sus novelas está presente en mayor o menor medida, como es el caso de Barbarito Rodríguez y don Agapito en *Los fracasados*, la familia Torralba en *Sin amor* y, particularmente, en *Mala yerba* donde alcanza plenitud trágica.

El cacique, fruto selecto de la tierra, es la definición dada por el autor y ejemplificada categóricamente en la familia Andrade. Gachupines llegados a México sin más patrimonio que su desmedida ambición y coraje, pronto descubren el gran potencial delictivo de una tierra próspera y fecunda, pero apartada de todo control y legalidad.

Años de un libertinaje ilimitado, de un ejercicio irrestricto de la violencia y brutalidad, degeneran en el engrandecimiento de la leyenda y del poderío de los Andrade. Cuando Porfirio Díaz decide poner coto a los alientos de las hordas de bandidos que assolaban la República, desde la Independencia hasta el triunfo de Tuxtepec, los Andrade habían hecho un feudo de la provincia, convirtiéndose en auténticos señores de la gleba.

Dueños absolutos de sus tierras y de quienes las habitan, don Marianos muestra cómo Julián Andrade dispone y todo el entorno responde a sus órdenes. La administración pública y la justicia, en el ámbito gubernamental, así como el esparcimiento y la sexualidad en el privado, se regulan y rigen de acuerdo a las necesidades y antojos del cacique: "¡No faltaba más! La quiero

y la tendré. Lo que sucede es que me he vuelto idiota. ¡A quién se le ocurre pedir de caridad lo que por derecho es suyo!<sup>1000x</sup> Independientemente de que el objeto requerido sea una mujer.

Ante esta devastadora perspectiva, los que no obedecen ciegamente y estorban, desaparecen tras ser degollados en escarpaduras inaccesibles y distantes de la hacienda. Esto si la víctima lo amerita y la ocasión lo permite, porque si no es tan fácil como sacar la pistola y descerrajarle un tiro al inquieto, ante los pasivos y temerosos ojos de la inerte población.

La brutalidad es una de las cualidades de estos terribles personajes. La violencia sin objeto ni provecho que retrata de cuerpo entero el más terrible de los atrasos, la esclavitud:

El amo su papá era retetravieso. "Chelino --me dijo- agárrame a ese muchacho; ya verás la diablura que le voy a hacer; no le quedarán ganas de volver a robarse mis tunas." Me bajé de mi caballo y en un dos por tres lo pepené. Un mocito de diez años (...) El amo, a risa y risa, le quita la cuchilla y le tumba los calzones ... ¡zas ... zas ...! de donde semos lo que mero semos ... ¡ni rastro ...!<sup>10</sup>

El terror que impide a cualquier peón si quiera intentar declarar en contra del omnipotente señor, aunado al conocimiento profundo de todos los vericuetos y escapes legales, así como el dinero suficiente para comprar cualquier voluntad justiciera, garantiza a los asesinos una permanente impunidad. Nadie quiere vérselas con un Andrade, incluyendo el Juez, Alcalde o Secretario, y prefieren suponer como causa de muerte la fiebre a tener que indagar sobre el certero orificio de bala que el cadáver pueda presentar. Ejemplo claro de un poder omnipresente y superior a cualquier

autoridad u orden social civilizado.

Ningún otro autor del periodo se atreve a pintar con tanta fidelidad las condiciones infrahumanas en las que vivían los peones de las haciendas. Con profundo dolor y compasión, pero sin resumir el grave problema del caciquismo en posturas maniqueas, Azuela hace una radiografía de la vida rural lejos de romanticismos e idealismos.

Esta postura es diametralmente opuesta a la escenificada por José López Portillo y Rojas en *La parcela*. Más allá de faltas en el auténtico reflejo del habla o del vivir ranchero, encontramos nula conciencia social de crítica. Rancheros buenos, y menos buenos que viven pendientes de sus tierras y de sus sirvientes a quienes deben corregir como a niños inmaduros.

Escalones sociales claros y definidos en donde el amo controla y decide porque para eso nació y aprendió. La cadena de mando en López Portillo y Rojas nunca es cuestionada, porque a sus ojos es justa y merecida. No importa si en el camino observamos cómo los sirvientes son azotados, o sometidos a la "ley de fuga". Esto forma parte de la vida rural al igual que la tranquilidad, la sencillez de costumbres, la belleza del paisaje o la impunidad para manipular a la policía rural y a la justicia.

Hacedores de vidas y destinos subalternos, ejecutores de derechos y castigos, rancheros prósperos y modernos, caciques que, según López Portillo y Rojas, deben sustentar su indiscutible y suprema autoridad en la firmeza, superación técnica y moral de su individual criterio. No se critica la existencia de un sistema sino a algún despistado representante.

Don Mateo Cabezudo es la figura de Rabasa que ejemplifica al cacique de provincia, semejante a don Agapito o a los Torralba de Azuela. De estrechas luces y amplias ambiciones, creyó que con las mismas cortas armas con que logró medrar en San Martín de la Piedra para obtener elevada posición económica y renombre social, triunfarla en la gran ciudad, pero se equivocó.

Por esto sólo lo observamos actuar a sus anchas y con absoluta impunidad en *La bola*. Es en su tierra en donde logra favores mediante un cuestionado ascenso militar y un oportuno nombramiento como recaudador de contribuciones. El tiempo y la absoluta libertad de movimiento que los diferentes amarres institucionales favorecen, generan el ansiado encumbramiento.

Una vez arriba se debe proteger el coto de poder y adulación ganado, se debe continuar medrando ante cualquier oportunidad que pueda garantizar un crecimiento en el patrimonio. En esta defensa de los intereses no se miden costos ni esfuerzos, particularmente si son de los ajenos:

¡Es decir que la revolución es ya un hecho (...) que ya los hombres trabajadores y honrados vamos a comenzar a sufrir de nuevo los estragos (...) mañana echarán un préstamo los de la revolución y pasado mañana los del gobierno, y éstos mejor se debieran llamar dádivas o robos, puesto que nunca se los pagan a uno (...) yo he contraído compromisos para mejorar algo este rancho (...) y es una verdadera picardía (...) que yo no pueda pagar mis deudas y realizar un beneficio para mi finca porque unos y otros necesitan de mi dinero.<sup>24</sup>

Las revoluciones locales o "bolas" resultan, así, armas de lucro en manos de los caciques de turno, mecanismos de sujeción y auténticos

diezmos captadores de dinero. Cabe señalar aquí la repetida percepción entre los autores, de abuso por parte del gobierno central en el cobro de impuestos que nunca reflejan su beneficio en la población local. Gravámenes como el requerido a la diligencia que circula por los caminos de Veracruz, pese a que la presencia de vigilancia es inexistente y el azote de la delincuencia es pavoroso; o que son utilizados a decir de los aldeanos, en mejoras públicas y burocráticos sueldos de la ciudad capital. El centralismo a rajatabla que Porfirio Díaz instituyó como método de gobierno, se hace sentir entre sus compatriotas.

Las circunstancias de la vida en provincia, en contraposición en algunos casos con la ciudad de México, son estudiadas por los novelistas desde dos perspectivas: para algunos es un mero recuerdo de la niñez, plagado de amoroso sentimentalismo pero lejano en objetividad y tiempo a la cruda realidad. Para otros, especialmente aquellos que aún viven en ella, lejanos de las veleidades gubernamentales centralistas, es una certidumbre deliberadamente escogida con sus ventajas y desventajas.

El más acabado ejemplo de lo primero es López Portillo y Rojas; Delgado y Azuela de lo segundo. Rabasa navega entre las dos orillas sin decidirse por ninguna. Su objetivo educativo no se encuentra en la dualidad ciudad- provincia, sino en las múltiples corruptelas que se presentan en el ámbito gubernamental y periodístico independientemente de localismos.

- <sup>1</sup> Rabasa, Emilio. *La bola*. P.99.
- <sup>2</sup> Delgado, Rafael. *Angelina*. P.420.
- <sup>3</sup> -----, *Historia vulgar*. P.68..
- <sup>4</sup> López Portillo y Rojas, José. *La parcela*. P. 295.
- <sup>5</sup> Gamboa, Federico. *Suprema ley*. P.287.
- <sup>6</sup> -----, *Santa*. P. 59.
- <sup>7</sup> Delgado, Rafael. *Los parientes ricos*. P.157.
- <sup>8</sup> Azuela, Mariano. *Maria Luisa*. P.740.
- <sup>9</sup> -----, *Sin amor*. P.287.
- <sup>10</sup> Gamboa, Federico. *Suprema ley*. P.168.
- <sup>11</sup> Delgado, Rafael. *Angelina*. P.362.
- <sup>12</sup> -----, *Los parientes ricos*. P.157.
- <sup>13</sup> Rabasa, Emilio. *Moneda falsa*. P.234.
- <sup>14</sup> Ibid., p.208.
- <sup>15</sup> -----, *La gran ciencia*. P.301.
- <sup>16</sup> López Portillo y Rojas, José. Op. Cit. P.130.
- <sup>17</sup> Azuela, Mariano. *Maria Luisa*. P.715.
- <sup>18</sup> Gamboa, Federico. *Santa*. P.59.
- <sup>19</sup> Gamboa en un escueto párrafo de la pagina 333, analiza fríamente las típicas condiciones de vida de las mujeres e hijos sometidos a la injustificada violencia de sus alcohólicos congéneres. Ante la incommovible vista de sus vecinos la justificación de todo vicio y horror es lapidaria: el hombre se aburre y hay que darles aire pues para eso la mujer es suya y por eso le adora.
- <sup>20</sup> En *Mala yerba* doña Marcelina, la madre de Julián, es secuestrada y violada como tantas otras en una noche orgiástica de aguardiente de don Esteban. Afortunadamente para ésta, el padre de Julián queda prendado de sus virtudes lo suficiente para hacerla su mujer. Bajo estas características es lógico que ella y su hija no tuvieran otra misión más que obedecer y servir de rodillas a todos los hombres de la familia.
- <sup>21</sup> Gamboa, Federico. *Suprema ley*. P.132.
- <sup>22</sup> López portillo y Rojas, José. Op. Cit., p.30.
- <sup>23</sup> Rabasa, Emilio. *La bola*. P.104.
- <sup>24</sup> Ibid., p.166.
- <sup>25</sup> -----, *La gran ciencia*. P.190.
- <sup>26</sup> -----, *Moneda falsa*. P.192.
- <sup>27</sup> Delgado, Rafael. *La calandria*. P.32.
- <sup>28</sup> Rabasa, Emilio. *La bola*. P.57.
- <sup>29</sup> -----, *El cuarto poder*. P.118.
- <sup>30</sup> -----, *Moneda falsa*. P.188.
- <sup>31</sup> Azuela, Mariano. *Los fracasados*. P.4.
- <sup>32</sup> -----, *Sin amor*. p. P.313.
- <sup>33</sup> Delgado, Rafael. *Los parientes ricos*. P.328.
- <sup>34</sup> Azuela, Mariano. *Los fracasados*. P.4.
- <sup>35</sup> Delgado, Rafael. *Angelina*. P.243.
- <sup>36</sup> Azuela, Mariano. *Maria Luisa*. P. 723.
- <sup>37</sup> -----, *Los fracasados*. P.94.
- <sup>38</sup> Ibid., p.99.
- <sup>39</sup> -----, *Mala yerba*. P.135.
- <sup>40</sup> Ibid., p.208.
- <sup>41</sup> Rabasa, Emilio. *La bola*. P.81.

## CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto, es posible concluir el presente trabajo de búsqueda de conceptos axiológicos coincidentes en los escritores realistas de fines del siglo XIX y principios del XX, en dos vertientes. La primera aborda la modesta intención de establecer un paradigma ético común a los autores. La segunda compara estos aspectos repetidos e identifica actitudes críticas cercanas, ora a la decencia, ora a la ética. Cada novelista estudiado posee una normatividad propia, acorde a sus circunstancias particulares. Disímiles posturas morales radican en un modesto provinciano como Delgado, meticuloso y absolutamente entregado a la docencia; en un también sencillo Azuela con voluntad y convicción en el cambio, como lo indican sus participaciones revolucionarias; comparadas con personajes como José López Portillo y Rojas, Gamboa y Rabasa, tan íntimamente ligados a la política e intrigas del poder, lejanos de sus lugares de origen en tanto y en cuanto, esto no implicara un encumbramiento personal mayor.

Pese a estas diferencias, existe entre ellos una cierta preocupación axiológica coincidente y reiterada. Sus novelas transmiten y analizan temas morales insistentes: el amor, el matrimonio, la mujer y su papel, la ambición, la corrupción en la justicia, la educación, la religión y la comparación entre la vida en provincia y en la ciudad. Si partimos de la premisa que supone un cierto grado de objetividad y vocación crítica, al pertenecer a una corriente literaria que instaura a la verdad como máxima absoluta, podemos atrevernos a concluir que estos representaban lo más álgido dentro de la problemática moral del período.

Es importante recordar, que sobre esta elección influyeron una serie de factores. El primero y determinante es el aspecto literario. Las obras iban dirigidas a un público

ávido de romance, aventuras y entretenimiento. Como sabemos, la función primordial de la novela es generar placer estético y hacia éste debía dirigirse la temática abordada. Pero aunado a este objetivo y en un plano diferente de lectura, la novela realista mexicana propone una norma pedagógica al elogiar y apologizar sobre cuestiones morales. Esta vocación educativa es la que busqué representar en el presente trabajo, aunque sin olvidar la función primaria del texto literario, pues de lo contrario se hubieran escrito llanamente, tratados o ensayos sobre sociología, ética y moral.

El segundo factor es la censura, que el autoritario gobierno de Porfirio Díaz pudo haber ejercido sobre los escritores y sus obras, así como las autolimitaciones que cada autor se impuso, en relación directamente proporcional con el grado de dependencia al sistema por criticar. Probablemente y si lo vemos a partir de una visión actualizada, los acuciantes problemas morales reflejados en las diversas obras, nos resulten cortos y fatuos. El conflicto revolucionario que se desencadena en 1910 mostraría situaciones sociales mucho más graves y desgarradoras que las aquí enumeradas.

La realidad es que esta postura resulta desubicada en un contexto como el enmarcado por el gobierno de Porfirio Díaz. Después de estériles y desgastantes luchas intestinas, ningún mexicano con preparación e inserción en el medio buscaba o perseguía el enfrentamiento como mecanismo de cambio. Y es que este cambio debía ser pacífico y gradual, dirigido hacia la clase media y sobre aspectos tan puntuales como los vistos en el presente trabajo. En el siglo del endiosamiento científico, sólo la constancia, el estudio y la toma de conciencia podían generar auténticas revoluciones sociales.

Hasta ahora, los puntos estudiados fueron abordados siguiendo un orden basado en el número de veces que un tema aparecía repetido a lo largo de las diferentes obras. Pero en vista de que el gancho temático es la principal cualidad literaria, resulta obvia la supremacía de la temática amorosa, sobre otros aspectos sociales. Por esto considero interesante aventurar, lejos de cualquier postura absolutista, una escala axiológica más auténtica, surgida de lecturas posteriores más inquisitivas y ligadas a realidades con verificativo en el contexto histórico.

A la luz de lo reflejado por los diferentes textos históricos que describen el período, es posible identificar la escala de valores promovida y ejercida desde y por las esferas del poder. Existía una prioridad por darle valor a los bienes materiales, en detrimento de los auténticos preceptos morales. Porfirio Díaz supo comprar cada estamento social a través de una transacción de beneficios, pues cualquier actividad o posición era comerciable. Los principios ideológicos fueron, numerosas veces, supeditados ante el bienestar material. Los "científicos" esta clase intelectual liberal que se suponía representaba el baluarte ético del sistema, limitó su combatividad y fuerza por fama y riquezas. "Laissez faire, laissez passer" fue, al igual que otras muchas cosas acarreadas de Francia, la frase preferida de algunos, siempre y cuando los intereses externos no intercedieran con los individuales. La justicia al servicio del mejor postor y respetando los dictados del férreo gobernante. Este ejercicio, a personal discreción, de atribuciones permitía además, predicar con palabras lo que no se enseñaba con el ejemplo. La doble moral del que mide y critica con diferente vara lo propio de lo ajeno, fue una constantes de los grandes y reconocidos personajes de la política, ejecutores cotidianos de vicios como el juego, alcoholismo, la concupiscencia y lujuria.

Dentro de este contexto, la problemática moral que se desprende de las novelas, se jerarquizaría de acuerdo a la siguiente escala:

- la ambición desmedida que se asocia, en el ámbito público, a dos males contemporáneos recurrentes: corrupción del sistema judicial y de la política;
- la comparación entre la vida en provincia, carente de oportunidades para los jóvenes, anquilosada en el pasado y ejerciendo libremente la doble moral, ante la corrupción y voracidad de la gran ciudad de México;
- el amor como pulsión incontrolable y devastadora, frente al sentimiento amoroso correcto, íntimamente ligado al matrimonio y a la paternidad responsable;
- el papel de la mujer;
- la religión como presencia constante en la vida mexicana, como apoyo ético;
- y
- la educación como mecanismo de superación para la burguesía y clase media.

Este ordenamiento surge, no solamente de la recurrencia en un tópico, sino también del matiz con que fue descrito. La ironía en casos como el de Azuela y Rabasa, la sinceridad casi inocente en otros como Delgado y Gamboa, y el cínico solapamiento y doble discurso de José López Portillo y Rojas, dejan impresiones que promueven la aprehensión ética del discurso desde una perspectiva distinta. Creo que el objetivo educativo de los textos se sujeta a este esquema de prioridades si, además recordamos, a quién va dirigida la prédica: la clase media emergente, la burguesía incipiente cargada de dinero pero corta de conocimientos, educación, formas y valores.

Además de este nivel de lectura, y de acuerdo a la otra vertiente conclusiva, los textos me permitieron descubrir también, las diferentes posturas morales desde las que se juzgaban y estudiaban los problemas axiológicos. Hay temas que resultan verdades casi irrefutables ante la total adhesión a una determinada perspectiva, en cambio, otros generan sutiles tonalidades que permiten percibir la problemática planteada desde una gama enriquecedora.

La ambición es de los males más insistentemente ejemplificados en las novelas del período. Valor que claramente encabeza y mueve la mayor parte de los resortes sociales, pues sus implicaciones contaminan tanto el ambiente íntimo como el público. En el ámbito privado, observamos una amplia variedad de equívocos perpetrados en nombre del desmedido afán de lucro: desde la prematura entrega amorosa femenina, la pérdida de la dignidad y honor, hasta la hipoteca de la felicidad.

Pero además, existen una serie de desagradables conductas y sentimientos íntimamente relacionados con la desaforada codicia económica o de poder, que por lo visto también permearon considerablemente en la sociedad porfiriana: la envidia, vanidad, soberbia, mentira, farsa, astucia, maledicencia y el encumbramiento inesperado e infundado.

La mayor parte de estos pecados delimitan un ámbito de corrupción individual, aunque se originan por la desmedida ambición. En reiteradas ocasiones aparecen retratados ante nuestros ojos, personajes ejerciendo estos vicios sin el menor escrúpulo o consideración ajena. Probablemente, quien menos lo haga es Gamboa, ya que ninguno de sus personajes principales se mueve empujado por la codicia, en contraposición con los de Rabasa, Delgado, Azuela y José López Portillo y Rojas.

Este mismo análisis a nivel público, descubre una red de corrupción gubernamental que abarca el ámbito político y judicial. Sin llegar a la crítica abierta, que no hubiera sobrevivido a la censura, se identifican y descubren ciertos aspectos disruptivos. La ambición pone precio a cualquier actividad. Todo principio rector se convierte en algo negociable, inclusive la justicia. Los puestos políticos de administración resultan trampolines a la riqueza y la fama. Una vez obtenidas estas virtudes, influencias y favores hacen lo demás en la insaciable carrera por medrar una mejor y más jugosa posición, totalmente lejana a una función de servicio público.

Esta injusta realidad, que inclina la balanza del lado más adinerado, es reflejada en las novelas de Azuela, Rabasa y Delgado con voluntad de denuncia; en Gamboa, funciona como dato anecdótico de la vida en los tribunales. En cambio con López Portillo y Rojas pierde toda voluntad inquisitiva. El autor analiza un caso clínicamente patológico de un juez corrupto en todas y cada una de las facetas de su vida, inclusive relaciones filiales y maritales, que por ende invade el ámbito laboral. Pero la crítica no es al sistema, y ni siquiera a varios de los personajes insertos en él, sino a un individuo enfermo que hubiera contaminado cualquier otra gestión.

Para López Portillo y Rojas, justicia es la ejercida por los caciques honrados y magnánimos. El indulto concedido al cobarde crimen cometido contra inocente caporal, proviene de la beatífica postura del rancharo hacia su compadre y no de un sistema legal instituido y regulado. Los amos juzgan y disponen, y el sistema judicial espera impasible que se le ordene actuar. La calidad de lo resuelto recae entonces, en la condición moral de quien la imparte y no en el sistema legal. A diferencia de los otros autores, particularmente Azuela, quienes resaltan la importancia de leyes claras, justas

y equitativas, como base para un real gobierno moderno.

Íntimamente relacionado con la compra de indultos y el manejo de la justicia, encontramos el análisis de la figura del cacique. Ésta sería la principal problemática en cuanto a lo público, descrita en las obras. La crudeza y el desgarramiento con que se reflejan las arbitrariedades cometidas por estos señores feudales de pleno siglo cientificista, fungen como mecanismo de advertencia sobre los lastres que el gobierno de Porfirio Díaz debe librar, antes de entrar en la era positivista y tecnicista.

Quien con mayor voluntad crítica e irónica aborda esto, es don Mariano; Rabasa también lo hace, aunque con menos vigor. En cambio, el autor de *La parcela* lo indica desde una perspectiva opuesta, absolutamente proclive y adherente al statu-quo reinante. Garantiza así, la conservación de un sistema que le ha otorgado exitosos logros.

Junto a este terrible mal, los demás tópicos comparados entre el ámbito de provincia y de ciudad, se restringen a aspectos locales. Como principal conflicto encontramos la falta de oportunidades y diversiones para la juventud, origen de una serie de vicios sumamente dañinos como son el alcoholismo, el juego y la maledicencia. Las murmuraciones son moneda corriente en sociedades cortas de aspiraciones y expectativas. Criticar al otro e ignorar los propios errores, asumiendo elevados puestos como jueces morales de lo ajeno y diferente, son los reiterados papeles representados en las novelas de Delgado, Azuela y Rabasa. Ejercicio de la doble moral como mecanismo disolutorio que permite auto justificarse, tras la máscara de las buenas costumbres, a una sociedad hipócrita y anquilosada en el pasado, que no deja espacio al cambio ni al disenso, tan típicos de la juventud.

Ante tan pocas oportunidades, los jóvenes avezados deciden emigrar a la gran capital en busca de nuevos y amplios horizontes de desarrollo. Pero lo que allí les aguarda es un espejismo mucho más duro y cruel que el vivido. En este aspecto, la visión de los autores es coincidente: en la centralista ciudad de México luminosa y elegante, conviven los extremos más opuestos de la escala moral. Junto a la riqueza desbordante, la indigencia; el abanico de oportunidades más amplio, pero para unos pocos; las mujeres más elegantes y distinguidas, junto a la prostitución y degradación más vergonzosa; en fin la escala toda en un solo lugar y a un mismo tiempo.

Las posibilidades de triunfar se restringen a quienes posean la falta de escrúpulos y malicia suficientes para superar cualquier escollo moral, dejando a muchos paisanos fuera ipso-facto de la jugada. Además, un resbalón ciudadano es más duro y por lo general casi mortal. Vicios hay en todos lados, sólo que a mayor complejidad social, peor grado de putrefacción.

Pese a cualquier negro panorama, la provincia sigue siendo para Rabasa y Delgado, una alternativa superior. La corrupción existente, grave y dañina, es francamente inferior a la de la ciudad. La vida discurre tranquila y sencillamente, pudiéndose conservar la inocencia como valor especial. Nos convida con hermosos paisajes alejados del fatuo bullicio y de la notoriedad. Azuela opta por ser más cauto y justo, ya que analiza el capital humano que resulta igual de ambicioso en ambos medios. El agravante del provinciano lo halla en sus cortas luces, en el entrometimiento como única realización de vida y en la doble moral que norma las vidas de muchos de ellos, lejos de la autocrítica y conciencia individual.

López Portillo y Rojas busca incidir en la implementación de un estilo de

ranchero, más que en el análisis de las condiciones de vida en el campo. Perfila un tipo autóctono con valores y costumbres ligados a la tierra, tales como la dignidad y la fidelidad, lejanos de europeizantes costumbres que desarraigan y resultan ridículas en el campo. En realidad y si concluimos tras el somero análisis biográfico de los novelistas, debemos concluir que son Delgado y Azuela quienes sinceramente optaron por la vida provinciana, pues ambos la ejercieron y eligieron libremente. En cambio Rabasa y López Portillo y Rojas, pregonaron mucho lo que casi no desempeñaron ante el objetivo de obtener un mejor y más poderoso puesto gubernamental, ligado indefectiblemente al centro de gravitación política: la ciudad capital.

El concepto del amor es uno de los temas cuya definición es objeto de una aceptación categóricamente semejante entre los escritores vistos. Amor del bueno es el que eleva moralmente a sus participantes. Es un sentimiento redentor y benéfico que debe surgir a partir de ciertos convencionalismos sociales, más que de una atracción física intensa. Para todos ellos la elección amorosa es un acto inteligente en donde se valoran prendas tales como la madurez, lucidez, prudencia, persecución de un objetivo futuro común y paridad social.

Para Delgado, este último aspecto es de especial importancia. Las relaciones amorosas con mayores posibilidades de éxito son aquellas en donde ambos miembros surgen de estratos sociales y culturales semejantes. Pero aún sobre un amor correcto, el autor coloca a la dignidad y honorabilidad. Ambos valores son superiores a cualquier otro, y nunca deben ser supeditados u olvidados. Ningún amor crece sanamente, liberando lo mejor del individuo, si nace sobre el honor mancillado de algunos de sus miembros.

El sentimiento purificador y liberador se convierte en algo místico y religioso en Rabasa y Gamboa. En ambos, el amor es el único acto puro y limpio que se vislumbra en las novelas. Es lo que redime a Hipólito y a Santa, y el faro que guía y salva a Juan Quiñones y a don Mateo Cabezudo. Para Rabasa además, el amor perfecto se cristaliza en la figura femenina compasiva y recta, situada humildemente a la sombra de los designios masculinos. En cambio en Azuela, observamos una pareja más moderna y actual, donde ambos miembros crecen y comparten responsabilidades.

El matrimonio es la consecución ideal a una relación amorosa basada en preceptos como los hasta aquí enunciados. Esta figura social es defendida por los autores, porque tal vez comenzaba a ser considerada en la época como núcleo y origen del cambio. Además de que un buen matrimonio, garantizaría la disminución en la existencia de males sociales como la prostitución o los hijos ilegítimos. Recordemos aquí, la unánime postura ante la responsabilidad filial como mecanismo de superación. Los hijos amados y moralmente educados, poseen mayores posibilidades de evolucionar como adultos responsables, al repetir un patrón adecuado de conducta.

La contracara del sentimiento amoroso correcto es la pasión que ciega y obnubila. El amor egoísta y artiloso, ceñido a la metafísica de Schopenhauer, que se inscribe en el cuerpo y desarrolla libremente el plan de la especie. Esta pulsión animal alejada de cualquier norma o conducta regulada, conlleva un castigo severo para el que la disfruta: el aislamiento y repudio, e inclusive la muerte. Los personajes descarriados, que permiten a sus sentidos vencer sobre su raciocinio, son ejemplarmente penados como María Luisa, Santa, Jacinta y Julio Ortegá.

La historia de este último protagonista es digna de resaltar, ya que es el único hombre castigado severamente por su amoral conducta amorosa, en franca oposición con la disculpa otorgada a su amante. Generalmente los autores dirigían la prédica hacia las mujeres, indicándoles la falta de alternativas que poseían una vez perdida la inocencia. Inclusive Azuela, refiere explícitamente la diferencia que existe entre la entrega sexual femenina y la masculina: la primera involucra poderosos sentimientos que ligán a la mujer hacia un real compromiso amoroso; en cambio la segunda es un desfogoe sensual cargado de orgullo, que invariablemente evoluciona en el hastio y el rechazo. Socialmente la mujer es condenada, al hombre hasta se le festeja.

Bajo estas circunstancias, el ejemplo de Julio Ortegál resulta novedoso pues ningún otro hombre, aún casado y con hijos, es castigado. Gamboa quizá pretendió ahondar en su prédica contra la infidelidad, superando inclusive los convencionalismos circundantes.

En la voluntad por regular y definir patrones de comportamiento femenino, los novelistas abordados también coinciden vigorosamente. Cada uno lo hace desde una perspectiva distinta, acorde a su grado de apertura a las nuevas filosofías, pero análogos en cuanto a la necesidad de establecer conductas. De nueva cuenta, el más progresista e imbuido en las novedosas corrientes sociales es Azuela. Sus personajes femeninos más éticos poseen preparación académica. Están dispuestos a romper esquemas fijos de subordinación y prosperar como Julia Ponce, que decide dedicarse al comercio; Consuelo, que abandona su mediocre pueblo natal para ejercer la docencia; y Mariana, que no cede a la atávica costumbre de entregarse al patrón para obtener alguna temporal prebenda.

En cuanto a las mujeres que han dado un mal paso, son amorosamente disculpadas ante la ausencia de alternativas y oportunidades. Esto no significa que perdone o justifique su amoral conducta, pues el castigo al error suele ser severo, sino que lo analiza con mayor detenimiento identificando y aislando causas y consecuencias.

El otro escritor que pretende alcanzar esta visión conciliadora pero inquisitiva, es Gamboa. Lamentablemente no lo logra plenamente, pues si bien indica el crudo castigo de abandono que sufre Santa ante su prematura entrega y enuncia como única alternativa el prostíbulo, no entrega una visión íntegra del contexto social. Nunca sabemos por qué, el perdón concedido a Clotilde, le es negado a Santa, qué circunstancias fungen como agravantes. El sino biológico que empuja a Santa cada vez más abajo, anula cualquier otra perspectiva razonable de salvación, ejercicio determinista de principio a fin.

Azuela, gracias a una profunda descripción psicológica de sus personajes, logra reforzar la imagen de una mujer sin la preparación ni la educación suficiente como para poder elegir e insertarse en una sociedad hipócritamente determinada a recrearse en los errores ajenos. En cambio Gamboa, genera en su análisis un sentimiento tan íntimamente relacionado con la conmiseración cristiana, que acaba por resultarnos falso.

De todos modos es más rescatable esta última intención, si la contrastamos con las posturas maniqueas y simplistas de Rabasa y Delgado. En ellos, las mujeres que caen responden a un patrón ciertamente más esquemático y determinista: Jacinta y Chole son groseramente extrovertidas, poco prudentes y discretas, atributos al parecer

característicos en las pecadoras. La pasión en una y la ambición en la otra, completan la caricatura.

Mujeres planas, sin disgresiones ni pliegues, aburridamente buenas y sumisas. Estoicamente soportan el rol del macho dominante, ante la clara certeza del papel que deben desempeñar. Sus armas son la constante bondad, pureza y obediencia que finalmente logran doblegar al hombre rebelde, o por lo menos hacerlo más benévolo. Estos valores femeninos son fundamentales, junto al de la dignidad en Delgado y afortunadamente, la preparación en Azuela.

Esto último representa una nueva alternativa de superación, ante un inalcanzable horizonte, mientras que para el autor de *La calandria*, implica un riesgo claramente reflejado en *Historia vulgar*. Las honestas docentes solteras, que por necesidad ejercen su profesión, son acosadas sexualmente por inescrupulosos hombres que no dudan en demeritar sus logros ante la falta de respuesta sensual. De uno u otro modo todo es convergente: mujeres al arbitrio de los hombres, juzgadas, reguladas y definidas por reglas y mecanismos masculinos que simplistamente garantizan la gloria o la desgracia.

Finalmente, los otros dos aspectos sociales valorados por los novelistas son la religión y la educación. La primera, aparece dibujada desde distintas posturas en las obras, pero en casi todas lo hace. Es decir que la religión como referente cultural, posee un puesto de importancia para la época pese a las Leyes de Reforma y demás regulaciones liberales. En general, todos adhieren a una división fáctica entre la regulación de las conciencias a nivel público e individual, y a un respeto entre ambas instituciones.

Para Gamboa, Delgado, Rabasa y López Portillo y Rojas, la religión es un aspecto importante dentro de la formación de los individuos. Y si bien pueden existir individuos que menoscaban su trascendental actividad, es recurrente la presencia de sacerdotes rectos, justos, caritativos y entregados al servicio. Los grandes personajes, y en especial las mujeres, cuentan con la asesoría continua y desinteresada de estos individuos preocupados por su comunidad.

Inteligentes, preparados y cultos pero conscientes de los claros límites dentro de los que deben laborar y sin pretensiones por avasallar terrenos externos, son los curas idealizados en las obras. Y hasta allí, pues el análisis abordado no incluye la disección de la institución eclesiástica como tal, o de sus implicaciones sociales.

Don Mariano se situó un poco más allá. Sus personajes pueblerinos más retrógrados aúnan, a la falta de educación, ambición desmedida y pretensiones aristocráticas, un ejercicio religioso a rajatabla, dogmático, institucional pero acomodaticio. Personajes más preocupados por el ritual que por el concepto, aprovechan cualquier circunstancia para beneficiarse o reforzar su conducta, sin jamás cuestionarse. Lo que intenta mostramos Azuela es la relación independiente que existe entre la calidad moral de un individuo y su filiación religiosa. La devoción no garantiza superioridad moral alguna e inclusive, el dogmatismo belicoso y agresivo resulta francamente desubicado.

Con matices distintos, pero fuerte e insistente, es la presencia de la religión en la vida mexicana. Con adhesión casi absoluta, como reflejo de lo aparente o con un análisis un tanto más detallado, el aspecto místico es ligado por los novelistas a la realización moral de los individuos y al real desempeño de una labor reguladora

necesaria.

En cuanto a la educación, se puede afirmar que es vista como mecanismo de superación y enriquecimiento interno, aunque no se le vincula a la solución de los problemas de marginación. En realidad, nunca se aborda como alternativa posible para las clases inferiores, sino que la prédica va más bien dirigida a la clase media. Quizá el único que lo insinúa es Gamboa, en su rápido análisis a la génesis del delito y a la falta de alternativas ofrecidas a quienes menos tienen. Pero en general, la preparación académica resulta una oportunidad adicional para la clase media, por ser el estrato social capaz de generar el cambio.

José López Portillo y Rojas propone una preparación acorde a la inserción social y laboral desempeñada, una instrucción casi técnica, con ligeros toques de cultura general, pero básicamente dirigida. Delgado y Rabasa no ahondan mucho en el aspecto educativo, aunque sus personajes principales poseen la virtud de la lectura y el estudio. Azuela señala a la educación como único valor presumible. Auténtica aristocracia y distintivo social que permite marcar niveles sociales independientemente del dinero y la riqueza. Don Mariano explícitamente se pronuncia a favor de la educación laica, progresista, y a diferencia de los demás, la visualiza como alternativa real de crecimiento liberador para las mujeres.

En pleno auge de la reforma educativa instaurada y ejecutada por Gabino Barreda, la educación, si bien es un valor vigente entre los novelistas, no es una prioridad. Aparentemente, los esfuerzos realizados sobre este tema no tuvieron el peso y la influencia proyectada en el papel.

A partir de lo expuesto, se puede concluir que el tópico axiológico a indicar por

los distintos novelistas resultó coincidente e inclusive repetitivo en un mismo autor a lo largo de sus obras. Existe una dedicación persistente y clara al aspecto ético de la vida mexicana, una apología a la moral. La divergencia radica en la postura con que abordaron la crítica.

En el México contemporáneo a Porfirio Díaz, los realistas mexicanos observaron una serie de desaciertos importantes, que no podían ser ocultados tras la máscara de la modernidad. La belle époque mexicana, el positivismo y toda la parafernalia cientificista, sólo le lavaron la cara a una sociedad, que en muchos ámbitos, seguía anquilosada en el siglo pasado. Esto es especialmente patente en la comparación entre las oportunidades de desarrollo ofrecidas por la ciudad y la provincia, la existencia de lastres casi medievales ligados a la religión y la grave marginación económica en la que vivía buena parte de la población.

Los autores creían y pugnaban por un desarrollo sustentado en el liberalismo, pero no podían desestimar una serie de errores corregibles, necesarios para la real superación. Desde diferentes posturas morales y con variado grado de compromiso institucional, que se refleja en la profundidad crítica, muestran y analizan aquello que molesta, transgrede o quebranta un orden civilizador.

Esto nos permite diferenciar a aquellos que se quedaron con la forma y no con el fondo, que prefirieron el análisis de lo que se ve y aparenta, frente a lo que se sufre y vive. Dentro de esta primera categoría ubicaría todo lo planteado por López Portillo y Rojas y el tópico de la mujer en Rabasa. En todo lo demás y especialmente por su aguda y sarcástica ironía, Rabasa concluiría siendo a la luz del tiempo, un incisivo examinador. En lo personal, su postura fue de las más difíciles de abordar pues su

participación política lo coloca en un estadio moral, que su reflexión crítica contradice.

En Gamboa se reconoce un intento por ser profundo pero el misticismo aunado al decálogo de decencia fútil, hacen que se pierda. Delgado, pese a lo conciso y local, resulta auténtico al igual que Mariano Azuela quien, en su agudeza y objetividad, es el más acabado juez social. Como indica al inicio del trabajo Jorge Ibarbengoitia, resulta posible identificar a quienes vieron la labor del novelista como una oportunidad de ejercer y elevar los valores éticos primordiales, de los que sólo se conformaron con recalcar las conductas socialmente correctas.

## **Bibliografia**

### **Fuentes directas**

Azueta, Mariano. *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p.1299.

Delgado, Rafael. *Angelina*. México: Porrúa, 1993. p.425. (Colección de Escritores Mexicanos, 49)

\_\_\_\_\_. "Historia vulgar" en *Obras*. t.I. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. pp. 3-85.

\_\_\_\_\_. *La calandria*. México: Porrúa, 1995. p. 156. ("Sepan cuántos..." , 154)

\_\_\_\_\_. *Los parientes ricos*. México: Porrúa, 1992. p.442. (Colección de Escritores Mexicanos, 6)

Gamboa, Federico. *Santa*. México: Editer, 1995.p.239.

\_\_\_\_\_. *Suprema ley*. México: p.564.

López Portillo y Rojas, José. *La parcela*. México: Porrúa, 1991. p.396.(Colección de Escritores Mexicanos, 11)

Rabasa, Emilio. *El cuarto poder y Moneda falsa*. México: Porrúa, 1998. p.398. (Colección de Escritores Mexicanos, 51)

\_\_\_\_\_. *La bola*. Pról. de Carlos Monsiváis. México: Océano de México, 2000. p.169.

\_\_\_\_\_. *La gran ciencia*. México: Porrúa, 1999. pp. 175-357.

### **Fuentes indirectas**

- Becker, George. *Documentos del realismo literario moderno*. Carlos Augusto León trad. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1975. p.492.
- Brushwood, John. *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del porfirato*. México: Universidad Autónoma de México, 1998. pp.1-117.
- Díaz Arciniegas, Victor introd., ed. y notas. *Mariano Azuela. Correspondencia y otros documentos*. México: Universidad Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 2000. pp. 7-49.
- Flores, Santiago. *Introducción a la literatura mexicana e iberoamericana*. México: Alba, 1952. pp. 143-219.
- Franco, Jean. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Venezuela: Monte Ávila, 1969. pp.103-129.
- Fronzizi, Risieri. *¿Qué son los valores?* México: Fondo de Cultura Económica, 1997. p. 233. (Breviarios, 135)
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. Del romanticismo al modernismo*. t II. Barcelona: Crítica, 1990. pp. 270-283.
- Gómez Quiñónez, Juan. *Porfirio Díaz, los intelectuales y la revolución*. México: el Caballito, 1981. pp. 5-83.
- González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Porrúa, 1975. pp. 183-263.
- Lara Pardo, Luis. *De Porfirio Díaz a Francisco Madero. La sucesión dictatorial de 1911*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985. p.285.

- Leal, Luis. *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*. t. I. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001. pp. 7-155.
- Lukacs, Gyorgy. *Sociología de la literatura*. Barcelona: Península, 1968. pp. 231-447.
- Monterde, Francisco pról. y comp. *Mariano Azuela y la crítica mexicana. Estudios, artículos y reseñas*. México: SEPSETENTAS, 1973. p.164.
- Navarro, Joaquina. *La novela realista mexicana*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1992. pp. 268-430.
- Ortiz, Orlando. *Diré adiós a los señores. Vida cotidiana en la época de Maximiliano y Carlota*. México: Consejo nacional para la Cultura y las Artes, 1999. p.159.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana. Del romanticismo al modernismo*. Madrid: Alianza, 1997. pp. 137-146.
- Pedraza Jiménez, Felipe B. *Manual de literatura hispanoamericana. Siglo XIX*. t.II . Navarra: Cenlit editores, 1991. 225-336.
- Roeder, Ralph. *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. p.449.
- Romero Tobar, Leonardo. *Historia de la literatura española, siglo XIX*. t.II. Madrid: Espasa, 1999. pp.3-31.
- Sol, Manuel Pról.. a *La Calandria* de Rafael Delgado. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1995. pp.9-55.
- Valadés, José C. *El porfirismo. Historia de un régimen*. México: Patria, 1948. p.305.
- Valbuena Prat, Ángel. *Historia de la literatura española*. t.III. Barcelona: Gustavo

Gilli, 1968. pp.265-430.

Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia.*

México: Fondo de Cultura Económica, 1968. p.481.

Zolá, Emilio. *El naturalismo.* Barcelona: Península, 1989. p.203.